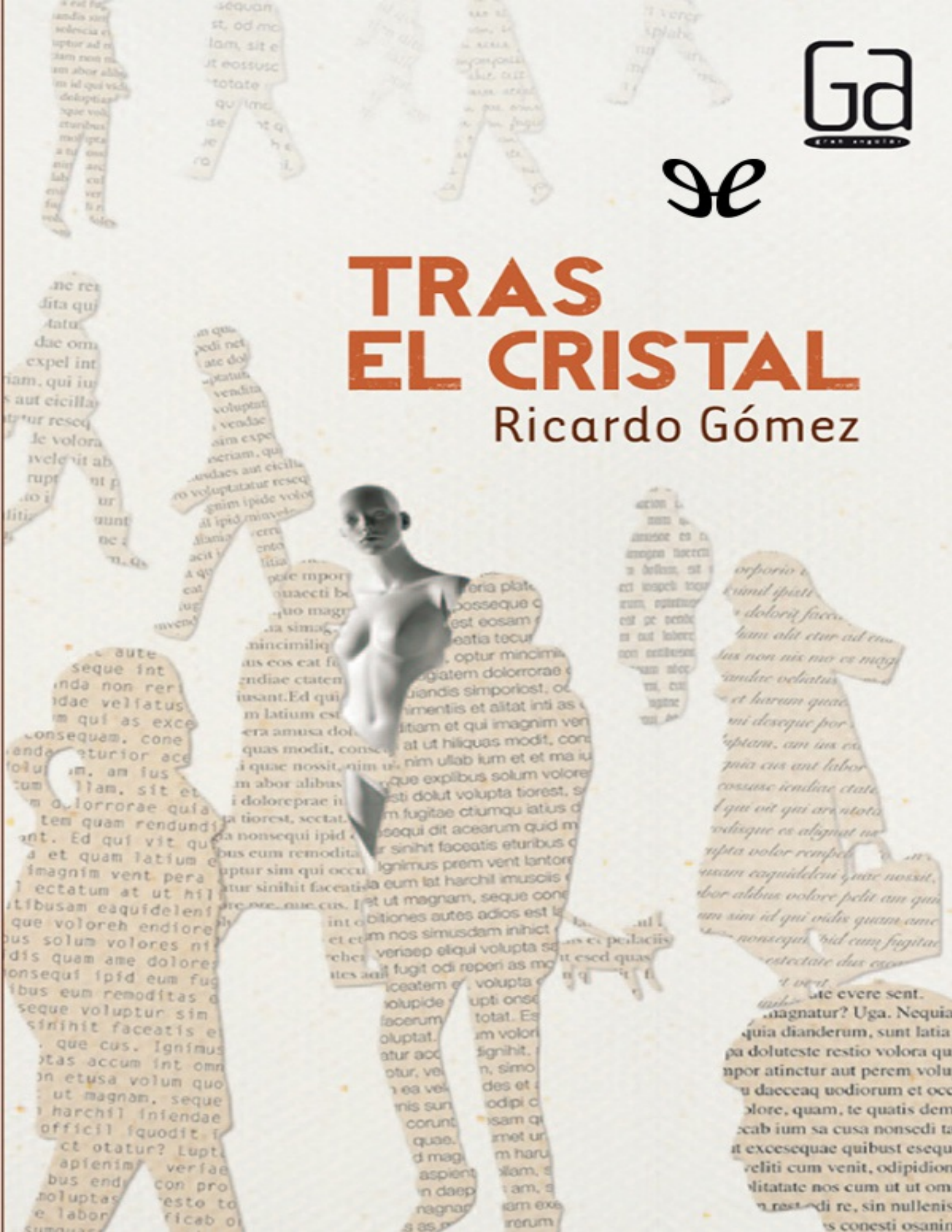


Ga

de

TRAS EL CRISTAL

Ricardo Gómez



El nacimiento y la muerte; la juventud y la vejez; el enamoramiento y el desengaño; lo cotidiano y lo extraordinario. Con estos relatos, Ricardo Gómez nos habla de las grandezas y miserias del ser humano, y de cómo la vida va y viene ante los ojos de aquel que mira tras el cristal.



Ricardo Gómez

Tras el cristal

Gran angular - 298

ePub r1.1

Titivillus 24.04.2020

Ricardo Gómez, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Proyecto Scriptorium



VII Aniversario
mas libros, más libres

TRAS EL CRISTAL

No pude estudiar, así que trabajo en una tienda. Habrá quien piense que esto es una advertencia; que con ello quiero decir que si no estudias caerá sobre ti la maldición de trabajar en una tienda, pero no es eso. La mía es una tienda de ropa y lo que pretendía decir es que no se necesita haber estudiado para hacer bien mi tarea. Y lo digo además para que se sepa pronto que soy un don nadie. Aunque no estoy insatisfecho con mi profesión. Me gusta.

Hay lugares peores en los que uno tiene que ganarse la vida, incluso habiendo estudiado. Conozco a gente que dedicó miles de horas a los libros, que sacrificó al saber fines de semana y vacaciones y que acaba sometida a horarios crueles, a la disciplina de un jefe botarate, inclinada sobre una mesa o sufriendo penalidades. Yo he tenido suerte. Se me ocurren decenas de oficios más desagradables que el mío, con estudios o sin ellos.

Cualquiera que haya entrado en una tienda, que es casi todo el mundo, puede imaginar que lo más duro son los calendarios y los horarios. Dejando aparte los periodos en que los dueños echan el cierre, que no son muchos, todo el año tienes que andar bregando, incluyendo los sábados y los días que preceden a las fiestas, que es cuando más se vende. Los horarios también son implacables, de la mañana a la noche.

Pero quitando eso, la tarea es cómoda. Se está a resguardo de la lluvia y del frío de la calle y en los días más calurosos se disfruta de aire acondicionado. Antes no era así, pero ahora las tiendas suelen ser refugios confortables. ¿Quién entraría aquí si este fuese un sitio hostil? La temperatura es estable, hay música relajante de fondo, el entorno es limpio, la decoración se cambia cada poco y el trato es, por lo general, amable. Además, los ratos en que no hay clientes se tiene mucho tiempo para pensar.

Visto desde el escaparate de una tienda, el mundo resulta fascinante. Habrá quien diga que un viaje a China también lo es, pero yo no le veo la gracia a recorrer miles de kilómetros en pocos días. ¿Quién, a esas velocidades, puede apreciar los pequeños detalles que hacen de la vida lo que es, la suma de delicadas pinceladas que componen un cuadro? Aquí el horizonte es estrecho, el limitado por los extremos de la cristalera, pero si uno se acostumbra a observar a la gente con el paso de los días descubre hábitos, vicios, ritos, costumbres y manías. Y en un instante, el menos pensado, se rompe la rutina, brota la sorpresa y, entonces, los acontecimientos se precipitan.

También en esto me considero afortunado, quizá porque nunca me gustaron los libros. Hay empleados que distraen las horas muertas hojeando revistas o novelas, pero a mí ni se me ocurre.

No digo que leer sea malo, cada cual es dueño de ocupar los ratos de descanso en lo que quiere. A mí lo que me apasiona es observar a través del cristal, mirar, imaginar... Alguien se burlará si digo que a veces echo de menos trabajar domingos y días de fiesta, porque sospecho que el comportamiento de la gente que pasa por aquí debe de ser muy distinto los laborables que los festivos. Pero de lunes a sábado compongo mis teorías acerca de lo que son las existencias ajenas.

Aunque esta tienda lleva abierta más de cuarenta años, trabajo en ella desde hace quince. Sé que es mucho, teniendo en cuenta que hoy todo el mundo cambia de trabajo cada dos por tres. Tal vez, como no he estudiado, no pueda aspirar a otra cosa distinta de la que hago, pero ya he dicho que esto me gusta. En estos quince años he visto cómo bebés que hace nada iban en cochecito se transformaban en adolescentes, cómo algunos ancianos desaparecían, cómo vienen y van familias enteras, gente que cambia de barrio, otros que llegan. Yo soy un mudo testigo de estos cambios. Nadie entra en una tienda para avisarme: «Compramos un piso nuevo, más grande», «Mi padre murió la semana pasada», «Mi marido y yo nos separamos hace un mes», «Tuvimos una niña, a la que llamamos Iris»...

Sin embargo, yo me entero de todo. Incluso diría que quienes pasan por aquí me ignoran, pero no me importa. Dejando aparte el que me gane la vida en la tienda, me gusta estar aquí por el placer (insano, lo reconozco) de tener a la vista las vidas ajenas. Conozco muchos detalles de clientes que vienen por aquí, pero también sé cosas de gente que nunca ha pisado esta tienda y que jamás lo hará. Es la posición privilegiada de quien no tiene más aspiraciones en la vida, de quien dispone de todo el tiempo del mundo para observar.

Resulta apasionante ver a la gente moverse de acá para allá y, cuando la puerta está abierta, captar retazos de conversaciones. Es como pasar todo el día viendo una larguísima película, con momentos de suspense que te dejan boquiabierto, y en la que es necesario prestar atención a los detalles para encontrar una explicación que tarde o temprano acaba por llegar.

El miércoles de la semana pasada, por ejemplo, una ambulancia se detuvo a la entrada del portal, a pocos metros de aquí. De ella descendió primero doña Marta, que vive en el 3º C. Luego, un camillero ayudó a bajar a su hija en silla de ruedas. De pronto encajaron pequeñas escenas que hasta ese momento carecían de significado: la madre, dos días antes, salió de casa cargada con una bolsa y subió a un taxi; y el padre, que suele regresar hacia las siete de la tarde, esos días volvió más temprano. ¿Qué había ocurrido con su hija? ¿Una operación de apendicitis? ¿Una fractura de cadera? ¡Nada de eso! La chica sufrió un navajazo el sábado anterior, y ya han detenido al culpable, según los vecinos. Alguno de estos, por lo visto, lo conocía. ¿Fue un atraco, un asalto sexual? ¿Dónde y por qué la hirieron? Pobre chica, espero que no haya sido grave... Hace nada entró aquí a comprar una cazadora. Tendré que esperar a los próximos días para conocer más detalles. Casi todo se acaba sabiendo.

Claro que estos sucesos son excepcionales. Este es un barrio tranquilo. Lo que sucede alrededor no merece un par de líneas en un periódico y, sin embargo, la acción es continua y los pequeños misterios están a la orden del día. Ningún guionista podría anticipar qué va a ocurrir una semana más tarde. Esto es la vida misma.

Como en las series de televisión, personajes que durante meses han sido secundarios, un día se tornan protagonistas. Gente que siempre he visto pasar lejos del escaparate, de pronto se detiene, mira con interés, entra y desembolsa una buena cantidad de dinero para lucir ropa nueva. ¿Qué ocurrió en el pequeño mundo de la mujer madura que pasea su perrita, hasta ahora

desaliñada y vestida con astrosos chándales, para que de pronto decida cuidarse y cambiar de aspecto? ¿Qué le llevó a pensar que su vida no está acabada? ¿Sueña con un novio o lo encontró ya? ¿O solo le tocó la lotería? En los próximos episodios...

La vida me ha enseñado lo que sé. Y sé que no hay existencia trivial. Isidro, por ejemplo, es conductor de autobuses. Un día entró a última hora de la tarde buscando un regalo urgente para su mujer. Debía de ser su aniversario de bodas, quizá el cumpleaños de ella. Tras rebuscar y solicitar precios de casi todo, se llevó un pañuelo, que debía de ser lo único que podía permitirse. Desde entonces, y hace ya más de tres meses, su mujer lo lleva siempre puesto. ¿Cuál es la historia de amor de esta pareja madura que pasea siempre de la mano? Los sábados van a la compra al mercado cercano y él no consiente que ella vaya cargada: él tira del carrito y de algunas bolsas, la trata como si fuera su princesa. Y sus hijos... ¿En qué escuela aprendieron estos padres a criarlos tan bien? Tampoco estudiaron Isidro y Carmen, a la vista está, pero es casi seguro que sus hijos llegarán a ser sabios. No hay más que verlos.

Quienes entran en una tienda dan más información de lo que sospechan. Están la forma de vestir, si saludan o no, la manera de hablar, cómo sacan los billetes o la tarjeta... Y luego, cómo se comportan al seleccionar una prenda o entrar en el probador. Con el tiempo se aprende a distinguir las personas resolutivas de las indecisas, y en ocasiones hago apuestas conmigo mismo acerca de si comprarán o no, y gano casi siempre.

Hay una mujer alemana, por ejemplo, ya mayor, de quien solo sé que se llama Mónica. Debe de trabajar en un laboratorio de investigación o algo parecido, porque un día la oí hablar por teléfono de asuntos técnicos y exigía que se repitieran unos análisis y se calibrara bien una máquina. Es un ejemplo de mujer resolutiva, acostumbrada a tomar decisiones. Sabe siempre lo que busca: toma un par de prendas, generalmente trajes de chaqueta, entra al probador y compra uno de ellos. Pasaría desapercibida de no ser por un detalle en apariencia insignificante. Siempre abre su cartera sobre el mostrador dejando a la vista una fotografía antigua, de un hombre vestido con chaqué y pajarita. Mantiene visible esa foto desde que pregunta el precio hasta que acaba los trámites con la tarjeta, y en los tiempos de espera baja repetidamente la mirada hacia la imagen de ese hombre de aspecto distinguido y acaricia la fotografía a través del plástico. Ha ocurrido tantas veces que tengo la certeza de que son padre e hija, aunque quizá él haya muerto ya, a juzgar por lo avejentado del papel. Puedo suponer que la foto se tomó cuando él era joven y Mónica una niña, o tal vez ella ni siquiera hubiera nacido. ¿Qué vínculo misterioso ata a esas dos personas? ¿Qué la enorgullece tanto de ese hombre como para mostrarlo tan abiertamente? ¿Cuántas veces al día, al abrir su cartera, contempla esa foto, y no la de su marido o de sus hijos, si es que los tiene? Sospecho que si le preguntara por ello, su voz y su seguridad germánica se quebrarían e hilvanaría entre lágrimas algún emotivo relato.

Muy diferente de esa otra mujer, que ha entrado al menos una docena de veces y jamás ha comprado nada. ¡Ni unas medias! Entra, observa, rebusca, se prueba, no solicita opinión, apila prendas sobre el mostrador y, al final, pide disculpas y dice que se lo pensará, que volverá otro día. Lo asombroso es que, en efecto, vuelve otro día para repetir casi con exactitud maniática sus mismos gestos.

La experiencia me ha enseñado que estos casos son los más apasionantes. Esta mujer, con sus hábitos machacones y su indecisión, puede ser una fuente de grandes sorpresas. De un personaje aventurero se espera cualquier cosa, pero ¿de qué será capaz esta mujer el día que rompa sus

manías? Hay algo que resulta misterioso en ella, y son sus silencios. Abre y cierra la puerta con sigilo, anda como si levitara sobre el suelo, habla con una voz que parece un susurro y me he fijado que rasca con sus uñas las prendas que se prueba, y las frota acercándoselas al oído. Utiliza un criterio extraño cuando selecciona la ropa, lo mismo una casaca que una falda, unos pantalones que un gorro, de colores variados y estilos antitéticos. ¿Qué busca esta mujer, en realidad? A través del cristal la he observado entrar en otras tiendas y sospecho que reproduce las mismas maniobras, porque jamás la he visto cargada con una bolsa.

Detalles. Oí una vez que uno puede ser casualidad, que dos es confirmación, pero que tres es ley. Hay comportamientos incomprensibles, pero que deben de tener su explicación. Un hombre viene de vez en cuando por aquí a comprar pequeños complementos: calcetines, alguna camisa o ropa interior. Antes de salir, quita las etiquetas de todas las prendas, pidiendo unas tijeras incluso, y comprueba con maniática obsesión que lo que se lleva, ¡sin bolsa, entre las manos!, esté libre del más pequeño adminículo. Todo lo que se lleva es blanco y en ocasiones ha desechado alguna prenda por tener una mínima raya de color o un discreto bordado. Se diría que esa obcecación por la limpieza es síndrome de alguna manía sexual, pero a saber...

Me gusta la calle. ¡Es hermosa! A veces el sol luce generoso, pero otras, incluso en días despejados, parece enfadado y decidido a escarmentarnos. Si llueve, el cemento de las aceras despidе un aroma agradable y los árboles parecen recién pintados. Esta tarde hace un calor de plomo, la calle está desierta y el aire vibra en los bordes de las cosas. No hay nadie que entre a la tienda a estas horas, aunque estamos en época de rebajas, y por eso tengo tiempo de charlar con ustedes. No será mucho más, porque en un par de horas hombres, mujeres y niños saldrán a pasear, como si el cielo les hubiese perdonado y ya pudieran salir de casa. De nuevo la calle se convertirá en un espectáculo.

De haber estudiado, a mí me gustaría haber hecho Psicología. Creo que poseo un don innato para detectar emociones que a otros les pasan desapercibidas. Si dentro de un rato quisieran salir conmigo les mostraría: aquella chica, ese muchacho, la mujer de allá, el hombre que viene por la acera... viven un gran amor. Pero no hay que fiarse de las apariencias. Hay jóvenes que pasean cogidos de la cintura cuyos rostros delatan un enorme aburrimiento, y parejas que miman a sus criaturas y en cuyas miradas no aparece la menor huella de su antigua pasión. Y eso es triste.

Igual que uno contempla cómo los niños crecen y cómo los adultos caminan hacia la vejez, también se ve cómo ciertos amores declinan y acaban por esfumarse. Uno de los casos más dramáticos es el de Adriana, que no hace muchos años llegó aquí con su reciente marido. ¡Ella se lo comía a besos por la calle, como comiéndose el mundo! Hoy los dos se ignoran, apenas se hablan. Mantienen las convenciones y él acompaña a su mujer a veces a la tienda, pero yo sé que cuando ella escoge una ropa no se viste para él. Se ve en la forma en que se prueba los vestidos, mirando a su marido como si fuese una nube de gas. Apostaría algo a que tiene una aventura, que la mantiene viva cuando el marido no está.

Hace tiempo yo también estuve enamorado. Era bastante más joven que ahora, cuando empezaba a ganarme la vida en esto. Me enamoré de una compañera de trabajo, una muchacha bonita y joven. Reconozco que fue ella quien me enseñó los primeros trucos de este oficio: me aconsejaba sobre la ropa que debía ponerme, cuál era la mejor manera de presentarme ante los clientes, e incluso en ocasiones se brindaba a abrillantar mis zapatos o a eliminar de mis hombreras alguna partícula de polvo o de caspa. Pero dejando aparte estos cuidados que tenían

que ver con el trabajo, el resto del día me ignoraba como si yo no existiera, gélida y silenciosa como una muñeca de hielo. Al comienzo pensé que su indiferencia era fingida, que trataba de darse importancia, pero pronto vi que la nuestra era una historia de amor imposible. Todavía la recuerdo, aunque hace tiempo que ella se fue de aquí. Aquello me hizo sufrir mucho y causó un duro golpe a mi autoestima, así que me propuse no enamorarme nunca más.

Confieso que tardé mucho en recuperarme. Durante años no quise saber nada de compañías o novias, por no exponerme al riesgo de sufrir, pero el tiempo pasa y uno echa de menos ciertas cosas. No se lo digan a nadie: desde hace algunas semanas, cuando se echa el cierre de la tienda, salgo por las noches sin rumbo fijo. A buscar. A veces, hasta la madrugada.

Todavía no he encontrado lo que busco, pero no desespero. Incluso alguien como yo, que no ha estudiado, que es de alguna manera singular y que no tiene más remedio que trabajar en una tienda de ropa (¡aunque mi tarea me apasiona, repito!), debe mantener la esperanza de encontrar el amor de su vida.

Todos los días cruza por delante del escaparate una persona ciega, poco antes de echar el cierre a las dos, por lo que deduzco que sale de casa antes de que yo comience a trabajar. Le veo transitar por el reducido espacio de la cristalería describiendo un arco con su bastón a pocos decímetros de sus pies. En contra de lo que se suele decir de los invidentes, sus pasos no son vacilantes, sino los de un hombre decidido, aunque su lentitud se explique porque quizá tarda un poco más en interpretar los sonidos u olores que le llegan; es de suponer que la visión permite unas respuestas más rápidas. Por las mañanas viaja siempre solo, con una cartera de plástico negro cruzada en bandolera sobre su pecho. Por las tardes pasea con una mujer algo más joven que él, con quien charla y ríe animadamente. Es su esposa. Le envidio. En realidad, aunque me guste observar, aunque llene mis horas muertas mirando a través del cristal, también a mí me gustaría salir a pasear con alguien colgado de mi brazo. A estas alturas de mi vida, daría los ojos por ello.

Algún día me haré mayor para trabajar en una tienda y acabaré tirado en cualquier sitio. ¿Cuáles serán mis pensamientos cuando el dueño prescindiera de mí? En algún momento de la vida uno se da cuenta de lo importante, y si no, peor para él. Para mí, estudiar no ha sido vital. Tampoco lo ha sido estar siempre elegante, ni saber que muchas personas al día te observan y que gracias a ti se ha vendido poco o mucho.

En el primer piso de este portal vive un viejecito. Debe de ser octogenario ya. Desde hace años, él y su mujer iban siempre a todas partes, cada mes a un ritmo más lento que el mes anterior, pero siempre juntos. Hace año y medio que su mujer falleció y, desde entonces, el hombre vive como envuelto en tinieblas, cada vez más densas. Hay ocasiones en que, a la puerta de la tienda, pregunta a algún transeúnte por la calle en que vive, creyéndose perdido, y algunas veces me ha parecido que incluso se dirigía a mí a través del cristal. Sin embargo, es un hombre que siempre sonrío, probablemente porque sus recuerdos lejanos son amables. Creo que daría la mitad de lo que me queda de vida por su sonrisa.

Casi son las siete. Dentro de nada, el sol se ocultará tras los edificios de enfrente y la gente empezará a salir a la calle. Tendré que concentrarme en mi trabajo y atender a quienes pasen ante el escaparate o entren en la tienda.

Esta noche volveré a hacer mi ronda nocturna. Tal vez encuentre una de estas madrugadas lo que estoy buscando.

Entretanto, observo, escucho... La vida sigue desvelándose en el lento discurrir de las horas, de los días. Veán...

SUERTE

Encontrar una moneda en la calle es un suceso sin importancia. Aunque la moneda tenga cierto valor y sea la mejor de las monedas posibles; aunque haya brillado en mitad de la acera, reflejando las luces de las farolas, destellando ante nuestros ojos, como llamándonos. Pero el encuentro cobra relevancia si notamos cómo, al agacharnos para recogerla, un hilo de sangre resbala por nuestro brazo, y lo notamos caer a lo largo de la mano, y el cálido líquido apaga el brillo del metal, y nos manchamos los dedos con nuestra propia sangre.

Podemos entonces olvidarnos de la moneda, que apenas parece jugar un papel en la historia, y preguntarnos de dónde viene la sangre. Preguntarnos si procede de una herida producida hace poco o fluye de una herida antigua, abierta ahora de súbito, ante nuestra sorpresa. En cualquier caso, es lícito retroceder para explicar por qué estamos heridos; por qué aun estando heridos nos molestamos en recoger una moneda del suelo; qué hacemos en un lugar desconocido casi de madrugada, sin nadie a quien pedir ayuda. Retroceder para saber cómo, por qué y, sobre todo, quién infligió la herida. Es posible que esto no resuelva nuestro problema, porque lo preocupante es que nos estamos desangrando. Pero podemos, mientras buscamos un taxi o un teléfono público, intentar aclarar estos enigmas.

Poco antes del hallazgo, Luisa deseó precisamente eso, una moneda. (Ya es algo más notable la coincidencia). Había perdido el bolso y necesitaba una moneda, quizá dos. Ahora tiene la moneda, la mejor de las monedas, y es suficiente para tomar un taxi, ya que el recorrido es corto, o llamar por teléfono y esperar a que vengan a buscarla. Mientras decide, otro pequeño borbotón de sangre calienta su pecho, y nota cómo resbala empapando su blusa.

Retrocedemos. Los bares están cerrando, pues son las cuatro. Luisa ha recorrido las calles desiertas y eludido a algún personaje solitario, seguramente ebrio. No ha querido entrar en los últimos tugurios abiertos, con titilantes luces de neón que quizá a esas horas no anuncien más que sordidez. Tiene miedo, cómo no, a otro encuentro inesperado. Por ello ha paseado varias calles sin ningún destino definido, sin saber qué hacer. Ha llegado hasta allí mirando hacia atrás para cerciorarse de que no la perseguían. Las calles son estrechas, la lluvia ha dejado una película brillante sobre el asfalto y Luisa se siente mareada tanto por el reflejo de las luces en el suelo como por el dolor de la punzada.

Retrocedemos. No encontró a nadie de confianza a quien pedir ayuda, así que decidió alejarse y huir por callejuelas solitarias. Quienes la veían correr dejaban franca su huida, quizá creyendo

que solo tenía prisa o que buscaba a alguien que se iba. Algunos se reían viéndola pasar, considerando divertido contemplar cómo una mujer atractiva corre en mitad de la noche, sin pararse a pensar que tal vez estuviera en peligro o que huyera de algo implacable. Peores eran los anteriores, los que presenciaron el incidente, que tampoco intervinieron. Aunque era lógico, considerando que la habían visto pasar la noche con aquellos tipos. Además, ella misma al principio apenas notó un empujón, como si el más grande la hubiera apartado. Solo más tarde, cuando sintió el agudo dolor en el hombro, supo que lo que había brillado en la oscuridad era la hoja de una navaja y que la habían acuchillado.

Luisa percibe bajo las luces violetas que su blusa está manchada de sangre, en el costado, bajo la cazadora negra. Instintivamente, se tapa para ocultarla de miradas ajenas y aprieta la mano contra el bolsillo izquierdo. Sigue caminando, sin encontrar una cabina desde la que llamar ni un coche al que pedir auxilio. Apresura el paso, abandona las estrechas callejuelas y sale a la avenida.

Retrocedemos. A la salida de la discoteca, el más bruto de los cuatro, el del cráneo rapado, exigió que le entregara la chapa que lucía en la solapa. Aunque era el momento decisivo de la noche, no era, sin embargo, el más violento. Peor había sido antes, dentro, cuando los cuatro (mejor dicho, los tres, porque su amigo, el más cobarde, había permanecido al margen) la habían insultado a ella y a otros muchos que, según decían, eran como ella. Luisa había optado por abandonarlos, viendo el cariz de los acontecimientos. Ella nunca pensó que llegarían a ese extremo. Durante buena parte de la noche consideró que se trataba de una broma, una broma pesada que finalizaría en algún momento. Al ver que aquello iba más lejos de lo debido, salió a la calle. Los cuatro la siguieron. Fuera se produjo la discusión definitiva y el bruto sacó la navaja.

Retrocedemos. Luisa no deseó que la siguieran, pero tampoco pudo evitarlo. La música bramaba dentro y mientras subía las escaleras oyó con claridad cómo los tres animales la insultaban y amenazaban. Creyó que bastaría con irse, como momentos antes había supuesto que sería suficiente ignorarlos y, antes aún, tomarse a broma sus amenazas y comentarios. Nada había surtido efecto. Quizá lo que desató la ira de aquellos tipos fue que ella dijera que los cuatro la asqueaban, pero que la asqueaba mucho más aún Pablito, que no había dicho una palabra desde que entraron a la sala. Toda la noche esperó que su amigo hubiera detenido a esas bestias, pero no. Les había seguido la corriente al principio, y luego, asustado, se había replegado en sí mismo, sin participar en los acontecimientos pero sin intentar tampoco controlarlos y ayudar a la mujer que había presentado antes como su amiga.

Por la avenida pasan pocos coches, algunos a gran velocidad. No hay luces verdes que indiquen la presencia de un taxi libre. Decide atravesar la calle, pero debe esperar al cambio del semáforo. Siente humedad más abajo de la cintura y supone que las bragas deben de estar empapadas en sangre. La cuchillada debe de ser más seria de lo que pensaba. Mientras cruza siente una punzada y sospecha que la herida no está encima de la axila, como creía, en el hombro, sino algo más abajo y centrada, en el nacimiento del seno.

Retrocedemos. Pablito, que había seguido la discusión en sus comienzos, cuando apenas parecía una broma, llevaba un rato callado, atontado por el alcohol y la pesada música, o quizá escudado en el alcohol y la música pesada. Al principio, Luisa le había pedido ayuda con una mirada, pero él se resistió, huyó. Ella intentó implicarle, haciendo alusiones o preguntas directas, pero él no se sintió aludido ni preguntado. Todo lo más, en un momento dijo que «de esos temas no

entendiendo nada». Quien no entendía nada era Luisa, que al comienzo había tratado de argumentar con aquellos salvajes, y que luego se fue refugiando en el silencio, aunque el silencio no bastó para acallar sus opiniones, sus voces y, al final, sus insultos. Luisa tenía una visión inocente de la vida, una visión ingenua y sincera. No sabía que hay categorías de seres cuyo cerebro se conforma y endurece de una manera especial y cuyo pensamiento se congela en un punto en que la capacidad de raciocinio se atrofia. No sabía que ni ella ni mil como ella podrían penetrar en los endurecidos y rapados cráneos. Era por esto, por ingenuidad, por lo que había intentado entenderse con los cuatro hombretones.

Retrocedemos. Aquel animal, con casi dos metros de altura, la siguió a la pista y exigió por segunda vez la chapa y Luisa respondió que no se la daba, dándole la espalda, huyendo del pelado. Él la alcanzó y le propinó un golpe en el hombro diciendo que tenía mala educación por darle la espalda y por haberle insultado; que él era un chico educado y que lo que sobran en este país eran personas sin educación. Que, según él, a todas estas personas, y a los sucios negros, a los ambiciosos judíos, a los malditos árabes, a los perezosos sudacas, a los guarros maricones, a las cerdas lesbianas, a los drogadictos, a los que tienen el sida... a todos ellos había que enviarlos a su país o a islas lejanas y bombardearlos luego, como habían hecho los yanquis con Vietnam o con Irak, pero no como los americanos, que habían hecho el trabajo a medias y dejado muchos comunistas y moros de mierda, sino bombardearlos hasta el fin, hasta que no quedase uno. Y que a ella y a todas las tías como ella, que llevaban chapas como esa, había que matarlas por traidoras. Todo eso lo gritaba en la pista, cerca de su cara, pero no era nuevo, ya que pocos minutos antes, en la mesa con los otros tres, había manifestado esas mismas opiniones, solo que ahora lo decía gritando, gritando mucho, como si intentase apagar el sonido de la música que bramaba por los altavoces de aquella pista en la que todo el mundo bailaba, y donde no podía pedir ayuda a nadie para desembarazarse del animal.

A lo lejos ve un taxi con la luz verde, pero el coche gira a su derecha, hacia la plaza. Nada de volver a la plaza, ya que aún podrían estar esperando. Era preferible aguardar allí. En el peor de los casos, podría detener un coche cualquiera y pedir ayuda. Siente frío y está mareada, así que descansa contra una farola mientras espera. Apoyada, ve que en la esquina, cruzando la calle, a unos doscientos pasos, hay una cabina. Pero es improbable que funcione, así que mejor esperar un taxi.

Retrocedemos. Había decidido salir a bailar después de comprobar que la conversación tomaba un cariz indeseado y que no podía controlarla. Pensó que sería bueno olvidarse de ellos, y que ellos se olvidaran de ella. Llevaba casi una hora de discusión y le dolía la cabeza. Cuando fue a levantarse, el bruto dio un zarpazo e intentó arrancarle la chapa. Fue un gesto rápido, que no logró su propósito, pero los dedos de él le hicieron daño en el pecho. Ella se encogió por el dolor, aunque la hirieron más las chanzas de los tres chicos y, sobre todo, el silencio de Pablito, que no hizo nada por ayudarla. «¡Imbécil!», le gritó ella, y se fue de allí. Aquello ponía fin a una charla que había comenzado como una broma, cuando ellos empezaron a burlarse de aquel pin negro con letras rojas, pero que había subido de nivel poco a poco, mientras ella trataba de defender el significado de aquel lema y el derecho de cada cual a manifestar sus opiniones. Hasta aquel manotazo, y sus burlas, Luisa no se dio cuenta de que aquella conversación había sido estéril; que de nada habían servido sus argumentos frente a las contundentes, despectivas y agresivas opiniones de ellos. ¡Y pensar que al comienzo, la primera vez que el bruto le pidió la

chapa, ella había pensado que era porque le gustaba, rojo sobre negro, sobre la solapa de su cazadora!

Retrocedemos. Ya a la entrada de la discoteca, Luisa había parado los pies al grandote, que había intentado tomarla del brazo mientras bajaban, no sabía con qué intenciones y, desde luego, sin motivo para esas confianzas. No conocía a ese tipo, ni al de los pendientes en la oreja izquierda, ni al de los anillos abultados en los dedos. Ella solo conocía a Pablito, y era solo con Pablito con quien si acaso quería estar, porque a pesar de su pinta extraña le ofrecía confianza, ya que tiempo atrás habían sido amigos. Se habían encontrado a la entrada, y apenas se reconocieron. No se habían vuelto a ver desde hacía cuatro años, cuando ella abandonó el barrio. Era lógico que no se reconocieran, pues Luisa se había convertido en una muchacha atractiva que había dejado atrás a la chica esmirriada que bajaba a la calle a jugar con sus amigas. Era lógico que Luisa se quedara parada al ver a Pablito, ya que él también se había transformado en un chico alto y guapo, aunque se hubiera afeitado la cabeza y tatuado unas letras extrañas en el cráneo. Después de reconocerse, se dieron un abrazo llamándose por sus nombres, «Pablito» y «Luisi», y recordaron tiempos antiguos, y ya entonces los otros tres se habían burlado del diminutivo de ambos y soltado obscenidades a las que ella, acostumbrada a la ferocidad urbana, no dio importancia. Luego, los cuatro se saludaron, porque él presentó a sus amigos, esos tipos tan raros, y ella había preferido en aquel momento quedarse a solas con Pablito, y que los dos se contasen cómo había sido su vida, e incluso que hubieran bailado juntos, pero él iba con sus amigos, qué le íbamos a hacer, así que los chicos compraron las entradas y los cinco bajaron juntos a la pista.

Luisa siente que se desangra porque, a pesar de que lleva pegada la cazadora al costado, nota cómo la mano que presiona el bolsillo se está empapando de sangre, y que la sangre humedece las bragas, e incluso más abajo, las medias. Aún apoyada en la farola, vuelve a echar un vistazo a los alrededores. No ve un taxi y se empieza a sentir cansada, porque es ya madrugada y tiene sueño. Pero de repente se da cuenta de que está agotada y tiene sueño porque se está desangrando y debe hacer algo urgentemente. Algo, cualquier cosa que no sea dejarse caer, que sería lo cómodo, y quedarse tirada en el suelo, esperando la muerte sin que nadie pase por los alrededores. Hace un esfuerzo y comienza a andar hacia la cabina.

Retrocedemos. Había elegido esa discoteca porque quedaba cerca de casa. Había sido una suerte encontrarse allí con Pablito, de quien tenía un recuerdo agradable. Había sido una suerte que, al llegar al trabajo, su amiga Martina le hubiera propuesto cambiar su turno de sábado, que correspondía a Luisa, por el del lunes, que le tocaba a Martina, pero su amiga le había dicho que había tenido la suerte de ganar en un concurso unas entradas para un concierto que se celebraba el lunes. Además era una suerte que el día anterior, precisamente el día anterior, Luisa se hubiera comprado la cazadora negra que tanto le gustaba, para la que había ahorrado durante tres meses. Era una verdadera fortuna poder estrenarla ese sábado, sin tener que esperar más. Y así, con tanta suerte encima, fue como Luisa partió de su casa, caminando jovial y feliz hacia aquella discoteca de la que, además, por suerte, tenía una entrada que le había regalado tiempo atrás Alberto, el chico con quien salía.

A paso lento, vacilando, Luisa se dirige a la cabina y echa la moneda, la moneda que ha encontrado en el suelo brillando, como llamándola, que era la mejor de las monedas posible. Resultaba afortunado que el teléfono conservara el auricular, y mucho más aún que al echar la moneda por la ranura oyera una señal, signo de que el teléfono funcionaba. Fue una suerte que al

otro lado agarraran el teléfono tan pronto, porque se estaba desmayando y solo le dio tiempo a decir: «Papá, estoy herida. Ven a buscarme. Me encuentro frente a un edificio que dice Ministerio de Agricultura... Por favor, papá, ven a buscarme».

Fue una suerte que su padre, cuando salió de casa, encontrara una ambulancia, a la que paró echándose literalmente encima del vehículo. Fue una suerte que aquella ambulancia se hallara libre de servicio, de vuelta a las cocheras. Fue suerte que el conductor y el sanitario le creyeran y decidieran ayudarlo, pese a que él iba vestido con una bata y un pijama y en zapatillas, sin afeitarse. Fue suerte que no hubiera tráfico y que dieran con la chica enseguida, y que al llegar al hospital los médicos estuvieran libres, porque Luisa estaba, según dijo una doctora, al borde de un paro cardíaco, teniendo en cuenta que su presión sanguínea había bajado al mínimo porque había perdido gran cantidad de sangre.

Cuando despertó en la habitación dos días más tarde, Luisa tomó conciencia poco a poco de que estaba internada. No recordaba nada desde que había entrado en la cabina. Sus padres le contaron que les había dado un susto de muerte, pero que ya estaba fuera de peligro. Su padre relató a Luisa las circunstancias afortunadas que concurrieron en su salvación.

Luisa recordó su aventura. Pensó que todo había sido producto de la suerte. Una enorme suerte que el día anterior a su salida se hubiera comprado la cazadora; que a su amiga le hubieran tocado las entradas del concierto; que Martina le hubiera cambiado el turno; que se hubiera encontrado con Pablito; que la navaja no hubiera afectado a una arteria ni a ningún órgano importante; que se hubiera topado con la moneda reluciente en la oscuridad; que la moneda fuera la mejor de las monedas posibles; que el teléfono público no estuviera roto; que la ambulancia hubiera sido rápida; que los médicos la atendieran con prontitud. Todo había sido una verdadera suerte...

Todo, salvo el encuentro con aquellos bestias cabezas rapadas. Eso había sido una mierda. Una verdadera mierda.

EL HOMBRE QUE NUNCA LEYÓ *MOBY DICK*

En las cocheras, todos sabían que Isidro, cuando volvía con el autocar vacío, solía recoger autoestopistas, generalmente chicas, lo que contravenía todas las normas de la empresa. Aún no le habían descubierto, pero era solo cuestión de tiempo. Meses atrás habían despedido a un compañero tras multarle por detenerse en el arcén, mientras disfrutaba los servicios de una puta de carretera. Su amigo Luis se lo advirtió una vez más mientras estaban en los vestuarios.

—Un día te pillarán. ¿Es que quieres que te echen? Tienes ya cincuenta y dos años. Piensa por lo menos en Carmen, joder.

—Que no, hombre, que no me van a pescar...

—Si quieres darte un revolcón, haz lo que todos. Busca un sitio discreto y para un rato. Nadie se va a meter contigo por un retraso de media hora.

—Bah. Tú qué sabrás...

Isidro subió sofocado las escaleras de los dos pisos hasta su casa, sintiendo que los años no pasaban en balde. Abrió la puerta y vio desde la entrada el extenso perfil de su mujer, de espaldas en el fregadero. Saludó, colgó en la percha el anorak y cambió las botas por unas zapatillas de felpa antes de pasar a la cocina. Carmen se volvió cuando él destapaba la cazuela.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien. Nada que contar. Aburrido, como siempre.

—¿Y cuándo tienes el próximo?

—Esta noche.

—¿Cuándo vas a dejar el servicio nocturno? Ya no tienes edad.

—No empecemos otra vez... Ya sabes que hay muchos gastos.

—Nos apañaremos. No necesitamos que salgas por ahí por las noches, a romperte la crisma en cualquier carretera.

Era la discusión de siempre. A Isidro le habían ofrecido un colegio y una fábrica, en lugar de los viajes nocturnos, pero estos tenían un plus que venía bien para pagar los estudios de los chicos. Además, le gustaban esos viajes, cuando regresaba con el autocar vacío y recogía muchachas que

hacían autoestop. Una o dos veces a la semana llevaba a cabo sus fantasías, que le devolvían un placer infinito. Más de lo que nadie hubiera podido sospechar.

—¿Vienen los chicos a comer?

—No creo. Manu tiene prácticas en el instituto y Ángela se queda estudiando en la universidad. Andan de exámenes.

—¿Y estudian?

—Parece que sí.

—Eso es lo que hace falta. Que no se vean como su padre.

Mientras iba al baño, pensaba que quizá Carmen y Luis llevasen razón. No tenía edad para ciertas cosas y además su conducta acarreaba cierto peligro. Incluso perder el trabajo era leve, en relación con otros riesgos. Bajo el agua, se quitó el sudor propio y el olor ajeno. Como siempre, notaba en la ducha el cansancio de la noche en vela. Tomaría algo y se metería en la cama hasta las tres, a tiempo de comer con su mujer.

—¿Y dónde vas?

—A Sevilla. Paquetería de jubilados. Los recojo el viernes.

—¿Así que vuelves mañana?

—Sí. ¿Me pasas la sal?

—Tomas demasiada sal y duermes poco.

—Bueno, de algo hay que morir, ¿no? Hay peores trabajos.

Paquetería. En la empresa llamaban así a tomar un grupo, dejarlo en destino y volver de vacío. La nocturnidad añadía un plus al kilometraje. Ya no hacía salidas de varios días. Aunque esos viajes dejaban algún dinero en dietas, en realidad se iba lo comido por lo servido. Antes dormía en pensiones de mala muerte para ahorrar algún dinerillo, pero ya no tenía edad para soportar camas con chinches. Los compañeros no entendían por qué solicitaba servicios de ese tipo.

—En los viajes de acompañante al menos recibes propinas.

—Y además siempre puedes ligar con alguna extranjera. Ja, ja.

—A mí me gusta viajar solo, y no estoy interesado en ligues.

—Ya, pero recoges chicas de paquete. A ver si un día cuentas...

—Bah. No entendéis nada...

Su perversión tenía origen en un viaje escolar, tres horas de ida, otras tantas de vuelta. Con chicas de doce o trece años, con falditas hasta la rodilla y calcetines hasta las corvas. Las profesoras pusieron en el vídeo *Moby Dick*. Cuando las niñas comprobaron el formato en blanco y negro, los diálogos densos y la ausencia de héroes jóvenes, se desentendieron de la pantalla.

Todas, salvo la rubita pecosa que, en la fila de pasillo, siguió la película con interés. Por encima del alboroto de sus compañeras.

—Puaj, una película en blanco y negro...

—El de la barba es el tatarabuelo de Tom Cruise. Ja, ja...

- Yo quiero ver tíos.
- ¿Quién ha sido la descarada? Marta, ¿has sido tú...?
- ¿Ve cómo la tiene tomada conmigo? Yo no he dicho nada.

Tantos años en la carretera le hacían notar el paso del tiempo. Antes, sobre todo si se trataba de niñas, podía despreocuparse de si se levantaban o no, y las maestras imponían una autoridad que hacía del viaje un paseo. Había una alegría compartida que se manifestaba en inocentes canciones y en un entusiasmo por el propio viaje y el misterio del destino. Hoy, aquello había desaparecido. Percibía aburrimiento en los rostros de las niñas, como si estuvieran de vuelta de todo, y cada vez le asombraba más que hubiera quien no mirara por la ventanilla o no hablara con sus amigas, ocupada en su móvil o absorta con sus auriculares. Las cosas por la ciudad debieron constituir un suplicio para las maestras, porque estas, a la vuelta, tomaron una decisión drástica:

- Sentadas por orden alfabético. Y sin rechistar.
- La que hable irá el lunes a ver a la directora.
- Y el lunes entregáis un resumen de la película.
- Jooo...
- Con un retrato psicológico de los tres protagonistas.

Se puso de nuevo *Moby Dick*. Calmado el rebaño por las amenazas y el cansancio, sin la distracción obscena de piernas semiabiertas, Isidro se interesó a mitad de película por la historia, más contada para la radio que para el cine. Las maestras mantuvieron a las niñas sentadas y sin vocear. Al llegar al colegio, a las diez, la película había acabado y las alumnas dormitaban en sus butacas. Si antes había costado que estuvieran quietas, ahora el trabajo era despertarlas.

- Niñas, hemos llegado. Despertad a las dormilonas.
- Vaya día más mierda. Encima, la ciudad era una porquería.
- No olvidéis nada en los asientos. Y que quede todo limpio.
- Vaya rollo de peli. Profe, ¿nos perdona el resumen?
- Ni hablar. Y ya hablaremos el lunes.

La película quedó en el aparato. Isidro se dio cuenta de ello en la cochera, al hacer la limpieza. Estuvo a punto de dejarla en la oficina, pero se la llevó a casa. No la vio hasta el domingo por la tarde, solo a medias, pero quedó cautivado por el argumento. Y la dejó en el salón, para verla el siguiente fin de semana. Decidió quedársela, único pecado venial en veinte años de trabajo. Se la puso el sábado desde el principio y se emocionó cuando acabó. No pudo olvidar a la niña rubita y pecosa, pegada en su asiento, ajena a la algarabía de sus compañeras.

- ¿Alguien sabe de dónde ha salido esta película?
- Ah, sí. Es mía. Quería echarle un vistazo.
- ¿Y de qué va?
- Es la historia de una ballena. De una ballena blanca.
- ¿Es buena?

—Psche...

Desde entonces, si volvía solo de viaje, colocaba la película en el vídeo, para escuchar los diálogos. Dejó de oír la radio y acabó por aprenderse de memoria muchos fragmentos. Cuando tenía que esperar en el punto de destino, colocaba la cinta y la veía, una y otra vez. A él también le habría gustado ser marino, esa clase de marino raso que contaba la historia. Se aficionó a pasear a la orilla del mar, en los viajes a ciudades costeras, y a visitar algunas tabernas de puerto. Un día se enteró por una pasajera de que esa historia era parte de otra más rica.

—¿Un libro? ¿Así que esta película está contada en un libro?

—Así es. Su autor es Herman Melville.

—¿Y cree usted que puedo encontrarlo fácil?

—En cualquier librería un poco grande.

—Muchas gracias. ¿Me puede apuntar el nombre del autor?

Compró el libro una semana más tarde. Salió de la tienda excitado, soñando con leerlo, pero el sábado llegó la decepción. Sintió que la historia era más densa que la película. Nunca había leído un libro y contenía palabras que no entendía. Desde la primera: «Albores». Además, era fatigoso seguir la escritura menuda, las descripciones. Por eso, lloró de impotencia. En el baño, para que ni Carmen ni los chicos le vieran. El domingo preguntó en la mesa:

—Manu, ¿tú has leído *Moby Dick*?

—No. Es de una ballena, ¿no?

—Sí, de una ballena blanca. Y tú, Ángela, ¿la has leído?

—No, tampoco. Tengo mucho que estudiar y no me queda tiempo. ¿Por qué?

—No, por nada. Era solo una pregunta.

A Isidro le gusta sentirse en su autocar como un capitán de barco, navegando procelosos mares de alquitrán. Si va solo, recoge autoestopistas, sobre todo chicas, que le recuerdan la niña rubita que miraba embelesada la pantalla. Lástima que Carmen no pueda hacer lo que le hacen esas chicas, a veces también chicos. Está mayor para aprender, y mira que la quiere, pese a todo. A Ángela, claro, le daría vergüenza pedírselo, tan ocupada como está con sus cosas. Alguna vez lo ha pensado en casa, cuando estaban a solas, pero no se ha atrevido.

—Ángela...

—¿Sí?

—Esto... Nada. En realidad, estaba pensando en otra cosa.

—Te estás haciendo viejo, papi.

—Ya, ya lo sé, hija.

Durante semanas, libro y cinta viajaron en el armario del salpicadero. Cuando había oportunidad, Isidro escuchaba la película, ahora frustrado por saber que había una historia más completa y

redonda, que él no podía comprender del todo. A veces, cuando esperaba a los turistas, tomaba el libro, lo comenzaba por sitios diferentes y se angustiaba por no comprender sin dificultad esa lectura engorrosa. En una ocasión que dejó el libro a la vista, una guía con acento inglés le preguntó:

—Ah, está leyendo *Moby Dick*.

—Sí, señora. Una buena novela.

—Ya lo creo. Hay una versión de cine que no está nada mal.

—Bah. Es mucho mejor el libro. Tiene más detalle.

—Suele ocurrir.

Hay ocasiones en que la vida ofrece posibilidades luminosas. Deben darse muchas circunstancias juntas. Por ejemplo, que el libro estuviera fuera del armarito. Que la guía no acompañase ese momento a los turistas, mientras estos almorzaban. Que Isidro estuviera al lado del mar y se sintiera en ese momento tan temerario como Gregory Peck. Que lloviera y que el autocar fuera un lugar confortable. Él se atrevió:

—¿A usted le importaría leerme en voz alta el primer capítulo?

—¿Yo?

—Sí, por favor... Tiene una voz bonita.

—Bueno... No sé si le gustará. Tengo un acento horrible.

—Creo que es adecuado para los personajes, ¿no?

—Está bien: «Llamadme Ismael. Hace algunos años, encontrándome con muy poco o ningún dinero en el bolsillo y sin nada de particular en tierra que tuviera interés para mí, se me ocurrió ponerme a navegar...».

Leído ese primer capítulo, Isidro entendió el alma de Ismael, mientras fregaba el barco, trepaba los aparejos o contemplaba la fiera lucha del capitán Ajab. Bajó temblando al restaurante en que comían sus pasajeros. Entró en el servicio y se cerró con el pestillo. Lloró al evocar una frase: «¿Quién no es esclavo?». Desde entonces, se emocionaba al descubrir hábitos perdidos en la noche del tiempo, que traían rutinas de cuando era niño. Hábitos a que hacía referencia en casa o ante sus colegas.

—Antes de las bombillas se utilizaban candiles de grasa de ballena.

—El siglo pasado sí que los viajes eran largos. Uno salía en barco y podía estar tres años fuera de casa.

—¿Os imagináis, si esto es un hueso de pollo, cómo debe de ser un hueso de ballena?

—Jo, papi, qué pesadito te pones a veces.

—Ah, perdona, hija.

—Pero eres un cielo...

Los compañeros de Isidro le han advertido que resulta peligroso recoger autoestopistas. Su mujer piensa que no tiene edad para hacer servicios nocturnos. El encargado no entiende cómo le gusta

el servicio de paquetería. Pero a él le gusta volver solo y, en ocasiones, recoger a personas, sobre todo a chicas, que hacen autoestop. Alimenta con ellas sus fantasías secretas.

—¿Me lleva?

—Claro, suba. Buenas noches.

—Uf, menos mal, se está haciendo de noche.

—Pase al segundo asiento y eche la cortina. Así no la verán. Tardaremos tres horas en llegar.

En la penumbra, procura dar conversación durante los primeros minutos. Sabe así si el timbre de la voz es agradable y si la chica ha estudiado o no, si está muy cansada y si tiene necesidad de dormir. Si está cansada, coloca la cinta y reduce el brillo del televisor, dejando una voz tenue, como si fuera la radio. Si no es así, se atreve a hacer una petición insólita:

—Por favor, ¿puede usted leerme un rato?

—¿Cómo dice?

—Delante de usted, en el bolsillo del asiento, hay un libro. ¿Puede abrirlo por la marca y leerme algunas páginas?

—Eh... Sí, ¿por qué no?

—Puede encender la luz que hay encima. Muchas gracias.

Algunas chicas piensan que el libro contiene algo distinto de lo que indica la tapa. Se asustan y dicen estar muy cansadas. Isidro, en estos casos, no suele insistir, aunque le molesta que sus pasajeras piensen lo que no es. Pero la mayoría lo abre, busca la marca, comienza a leer y disfruta con él dos, cuatro u ocho páginas.

Dependiendo de la duración del viaje.

CARIÑO, ES DEMASIADO TARDE

La plaza había mudado tres veces de piel en los últimos quince años. Elisa llegó allí cuando era un reciente jardín con vallas de madera, islotes de césped, plantones de abedules y un recinto en el que se instalaron columpios y traviosos desafíos infantiles. Cuando el sol y la desidia corroyeron el vallado y agostaron el verde, adolescentes y perros no encontraron límites para dejar sus desperdicios y la explanada se convirtió en un brozal polvoriento. Ahora, después de las obras, se ha transformado en una lineal planicie de granito y china, con dos enormes cabinas de cristal veladas por árboles afligidos, que dan acceso a un vientre en cuyo interior duermen los coches.

Elisa compró la cría de labrador con la esperanza de que la ayudase a soportar su reciente viudez y la mudanza a un pequeño piso cuyo balcón daba a la plaza. Esos quince años ha paseado al animal por las calles cercanas y, sobre todo, por la explanada que un día fuera jardín, ayer páramo y hoy una especie de escultura. Noche tras noche, fuera el aire cálido o el viento helado, soportaba el dulce tirón de la correa de Duna, y se acostumbró a perseguir con ella los olores de otros perros, sorpresas de huesos escondidos o palos de misteriosas propiedades que la perra se empeñaba en subir a la terraza de la casa.

Desde ese balcón, los días de sol, las dos hembras dejaban pasar las horas, la mujer releendo olvidadas novelas y el animal observando la lenta decadencia de la glorieta. Elisa se alegró de que las obras hubieran acabado. Desde que llegaron las excavadoras, primero pelando la epidermis de la explanada y luego arrancando a dentelladas la tierra que estorbaba del estómago del *parking*, la perra no había dejado de gemir, lanzando tristes aullidos cada vez que salía a mirar su espacio malherido. Más adelante, cuando los peones comenzaron a entibar muros y a alzar pilares, el gemido se convirtió en una especie de llanto silencioso, en el que seguramente había añoranzas de huesos perdidos y de palos que nunca se harían realidad. Duna, cuando salía ahora a la terraza, contemplaba sin emoción la calculada superficie mineral.

Elisa es consciente del transcurso del tiempo. Sabe que a su animal no le queda mucho tiempo de vida y sospecha que a ella tampoco. Duna había sido un capricho de viuda de mediana edad, pero al poco se convirtió en un pedazo de su existencia, más concreta y natural que la de sus hijos y nietos, que venían de vez en cuando a visitarla. No lo podía explicar, o no podría hacerlo sin vergüenza: se había enfrentado al desgarrar de su viudez y acostumbrado a la lógica distancia de

sus hijos, pero sentía horror del momento en que la muerte se llevase a ese avejentado animal de piel canela.

Le habría parecido antinatural no hablar con Duna después de tantos años de compañía. Las dos entendían sus recíprocos estados de ofuscación, nostalgia o alegría, en los que a veces sobraban palabras o ladridos. Entre ambas había una complicidad que afectaba incluso a sus secretos más íntimos. Elisa, por ejemplo, dejó de adquirir compresas para ella justo en el momento en que comenzó a necesitarlas para su perra.

Tras la muerte del marido, Elisa no quiso hipotecar su corazón. Vivió satisfecha manteniendo las periódicas visitas de la familia, disfrutando una envidiable salud, ocupándose con eficaz autonomía de las necesidades de la casa, buceando en la extensa biblioteca del salón y, sobre todo, viendo cómo esa cachorra crecía a su lado, agradecida y fiel. En el transcurso de los años contempló con pena el progresivo deterioro de la plaza y fue de las primeras personas que se alegraron porque, al fin, alguien parecía haber pensado en que esa degradación debía detenerse.

Pero los diez meses que duraron las obras fueron una auténtica tortura. El fragor de las máquinas y las nubes de polvo que ascendían desde el cráter y que enfangaban los muebles condenaron al encierro a los vecinos. Elisa y Duna pasaron casi un año irritadas por el ruido, angustiadas por la clausura y disgustadas por la privación de los paseos por la explanada. En muchos momentos habrían gritado o aullado, pero la costumbre y el entrenamiento maceraron su malestar en el silencio.

Ahora, las dos pueden salir de nuevo a la explanada y pasear por las cintas de china o sentir bajo los pies la dureza del granito. Los lápices de los arquitectos no olvidaron dibujar un conciso terrario limitado por alambre para que los perros se desahoguen al pie de arbolillos casi artificiales. Duna sabe que tendrá que pasar mucho tiempo hasta que ahí lleguen palos dignos de misterio y pasea por el recinto sin interés. Aunque el paisaje de la plaza es distinto, Elisa ve cómo regresan poco a poco los adolescentes que ayer jugaban al péndulo del columpio, las mujeres con cochecitos de niños cada vez más andarines o las parejas de ancianos encorvados, con más reuma de vida en las espaldas.

Regresa también la cofradía noctámbula de paseantes que, entre las once y la hora indefinible del alba, son arrastrados por perros de todas las razas, edades y tamaños. Entre los animales y sus dueños se ha establecido una peculiar afinidad, y en muchas ocasiones Elisa se ha asustado por la mirada fiera de un perro, tan cruel como la de su amo. O se ha conmovido por la dulzura de un niño paseando a un cachorro que parece de algodón. Ella se pregunta a veces cómo verán los demás sus paseos con la hembra de labrador, pero cierra los ojos y suspira mientras contempla las canas de Duna, tan parecidas a las suyas.

La perra de Elisa dejó de ladrar hace tiempo, como si hubiera decidido reservar energías para su vejez. De cachorra lo hacía por los motivos más nimios: el sobresalto de una llamada telefónica, el olisqueo de un tufo peculiar al pie de un árbol o la mudable sombra de un árbol sacudido por el viento. Más adelante reservó sus ladridos para sobresaltos más serios y, sobre todo, para acentuar el celo de un perro en particular, un chucho de color negro pizarra que muchas noches se cruzaba con ella en los recorridos por el parque, paseado por un solitario hombre de edad ahora avanzada que, hoy también, se aventura a deambular por esa geografía de granito y cuarzo.

Los dueños de los perros conocen el nombre de los animales que pasean por el parque, pero no necesariamente los de sus amos. Argos, el precioso chucho color pizarra, debe de tener una edad similar a la de Duna. De jóvenes, ambos dilataban las correas de sus collares con la intención de lamerse, pero sus amos, y Elisa sobre todo, los mantuvieron siempre a prudente distancia, en parte para mantener alejado el riesgo de una maternidad vicaria y en parte por no alimentar entre ella y el dueño alguna charla más comprometida. Al cabo de esos quince años, el hombre y la mujer no han intercambiado más que corteses saludos. Ninguno de los cuatro ha terminado de conocerse a fondo en esas noches de denso olor a celo.

Elisa y Duna saben que Argos y su amo viven en el otro extremo de la plaza, los balcones a la vista. Mientras la glorieta cambiaba lenta de piel, se sabían solitarios con sus animales de compañía. Hace muchos años que él intentó trabar algunas conversaciones que dieran lugar a una cita, pero Elisa sintió aprensión y sus respuestas severas nunca abrieron puerta a la esperanza. El último año, humanos y canes se han oteado con discreción a través de la polvareda de la plaza y han echado de menos la aburrida costumbre de cruzarse en la explanada.

Sus dueños se encuentran a estas horas y se miran a los ojos, pero hoy tampoco se hablarán. Ahora, sujetan con menos resistencia la correa de sus animales. Elisa, a quien esta noche le agradaría comentar con alguien la mutación de la glorieta, realiza un gesto insólito: libera la argolla y deja que la perra se acerque al chucho de pelo umbroso.

Pero Duna se aproxima con cautela y el perrillo la mira indiferente. Los animales intercambian miradas sin emoción durante unos segundos y luego olisquean el suelo, interesados por otros indicios de olores secretos.

Elisa ve cómo Duna regresa hasta sus pies y de nuevo engarza la argolla del collar. Sin mirar el reloj de su muñeca, acaricia la cabeza cana de la perra y tira suave de la correa mientras le murmura al oído:

—Vámonos, cariño; ya es demasiado tarde.

VIAJE AL AZUL

Si tuviera valor, se dejaría llevar por el manso empuje de las escaleras mecánicas durante horas: llegaría al final del pozo inclinado, volvería a ascender, bajaría de nuevo, subiría, y así una y otra vez hasta gastar la mañana. Pero no se atrevió: al llegar al final de la cinta, se limitó a seguir la corriente de nuca anónimas, que le guiaron hasta su andén.

Como todas las mañanas, olía a goma quemada, a café con leche tibio y a desodorante apresurado. Además era lunes y notaba la vaharada acre de la lejía que la víspera habría masacrado ocultas ciudades de cucarachas y borrado millones de huellas. Seguramente los carteles serían nuevos y se habrían repuesto algunas lámparas fundidas. El comienzo de la semana dejaba sentir el efecto devastador del sueño, que adhería al piso las suelas de los zapatos y anesthesiaba las lenguas. El lunes era un día silencioso y resignado.

El estrépito de un tren, detenido a pocos metros, puso en juego los hábitos casi animales practicados desde hacía años: calcular el punto exacto en que se abrirían las puertas, hacerse a un lado para dejar pasar a los otros y esperar el turno para abordar con los demás el vagón, procurando no estorbar, no rozarse con nadie, no avasallar ni ser empujado. Esa era la clave: no molestar y no ser molestado.

Disfrutaba en las estaciones, pero detestaba el metro. La luz artificial atemperaba los miedos, pero ese espacio situado a muchos metros de profundidad y al que nunca habían llegado ni la claridad ni el calor del sol, era un territorio inhumano arrebatado a las ratas y a los demonios, un lugar donde la oscuridad era más que negrura. Lo probaban las corrientes de aire. A pesar de los años y del hábito, todavía se estremecía cuando notaba una ráfaga que procedía de un túnel o de un pasillo. ¡Quién sabía con qué vericuetos más profundos se conectaban las galerías que minaban la ciudad! Todo estaba previsto, decían, pero el azar de un accidente que originase un apagón total sería catastrófico, pues en la negrura nadie distingue el suelo del vacío, ni un rellano de escalera. A él, que era ciego, apenas le incomodaría el suceso en sí. No era su propia oscuridad la que temía, sino las tinieblas ajenas. El metro era el negro, la profundidad, el miedo.

El tiempo apenas contaba en esos viajes, sobre todo a esas horas en las que cada individuo era un ser aislado y adormecido. Resultaba diferente en otros momentos del día, cuando las parejas regresaban abrazadas o los grupos viajaban charlando, y en esos momentos, si tenía ganas, podía atender a los arrullos o las conversaciones. Pero por las mañanas no había más remedio que

resignarse a escuchar el traqueteo de las ruedas, anticiparse a los bamboleos del vagón en las curvas y esperar a que el tren llegase a su destino.

Cada estación tenía un sonido especial. Sospechaba que quizá era la altura de las bóvedas, o la longitud de cada andén, o tal vez detalles insignificantes como la cantidad de carteles, cristales o personas que había en cada muelle, pero percibía diferente el silbato de un mismo tren en una parada que en otra. Faltaban ahora solo dos estaciones para su destino, ocho minutos apenas. Repasó, los dedos en el bolsillo, las pequeñas cartulinas rugosas en que había hecho copiar varios poemas de Neruda. Privilegios de ciego, pensó, a quien no le importaban la escasez de luz ni los tambaleos del vagón.

Salió al andén perfectamente orientado. Solo los idiotas tropezaban con el bastón de un ciego, y eso no solía ocurrir ni siquiera los lunes. La clave estaba en andar despacio, alejado de paredes y de bancos. Los siseos de pisadas le guiaban por los caminos que iban abriendo otros transeúntes. Solo había que tantear con el bastón y dejarse llevar hacia la cinta mecánica que desembarcaba pasajeros y equipajes a la terminal de trenes.

Hacía frío esa mañana, pero la primavera era benigna. Al entrar en el túnel acristalado, desde el que se podía contemplar, según decían, la brillante cúpula de la estación, percibió que el sol comenzaba a tomar fuerza en el cielo. A través de los respiraderos notó la fragancia del mantillo con que los jardineros fertilizaban parterres y macetas. Y había más señales: comenzaban a ser frecuentes los pasajeros cargados con bolsas que regresaban de viajes de fin de semana. Lo sentía por el rozar de los paquetes en las prendas de abrigo, pero también por las respiraciones entrecortadas y la velocidad del tráfico, detalles imperceptibles para quienes solo confiaban en sus ojos.

Iniciaba su trabajo a las nueve, pero no tenía prisa. A medida que avanzaba percibía más nítidos los carillones y altavoces de la estación. Conocía todos los mensajes, e incluso podía anticipar en ocasiones un aviso extraordinario: la demora en una llegada, un cambio de vías, el retraso de una salida, el enganche de vagones especiales... Llevaba tantos años en estaciones, y tantos en esa estación, que nada que sucediera en ella sería imprevisible.

El vestíbulo estaba abigarrado. De la cafetería llegaba el tintineo de platos y cucharillas. De los alrededores del quiosco, el murmullo de pisadas y del frotar de papel en las horas punta. Las expendedoras de billetes no dejaban de sisear y los torniquetes de acceso volcaban pasajeros a los andenes inferiores, donde los pantógrafos se comprobaban, las carretillas con equipajes iban y venían a lo largo de los pasillos y los viajeros buscaban vías, trenes y asientos. Esto último no lo oía, claro, pero podía imaginarlo.

Retirándose del tráfico, caminó hacia el banco donde preparaba su mercancía. Los empleados de la estación lo llamaban el banco de los amantes, pues era allí donde recalaban parejas que esquivaban ser reconocidas; pero todavía no era hora de amores furtivos. Comprobó que el sitio estaba libre y se sentó. Dejó encima el bastón y la cartera, sacó algunas tiras de billetes de los bolsillos de la chaqueta y los fue colocando uno a uno en la pechera de la gabardina. No sacó todos, sino solo los que supuso que podría vender en las dos primeras horas. Era una forma de reducir el riesgo de robo, que era poco probable. Solo dos veces, en doce años, había sufrido un asalto y le habían robado la cartera, creyendo que allí guardaba los billetes o el dinero. Había recuperado la cartera en ambas ocasiones con la escritura braille que guardaba en ella, triste botín para un hambriento.

No había prisas y además era lunes, el día en que los humildes más sueñan con la fortuna, lo que significaba que la venta estaba asegurada. Se dirigió a la barra, buscó sitio libre y se sentó. El camarero cogió la cartera que Manuel había dejado sobre la barra y la guardó. «¿Lo de siempre, Manuel?». «Lo de siempre, Paco». El camarero sirvió un café con leche muy caliente y un bollo. Él colocó un billete sobre el mostrador, deseando suerte, y Paco lo guardó en su chaquetilla, confiando en que esa vez... (como todas las mañanas). El bar estaba colmado y no era momento de charlas, así que Manuel desayunó despacio, empapándose de las primeras noticias del día, que llegaban desde un pequeño transistor que Paco situaba en aquel rincón de la barra.

El altavoz anunció la salida del tren de las nueve cuarenta, largo recorrido al norte. Imaginó a los pasajeros nerviosos acomodándose en los asientos. Le gustaba el norte. El norte era el verde, un lugar con árboles, musgos y hierbas, con flores grandes y humedad, con olor a estiércol y sabor a primavera con sol. Nunca lo había visitado. En realidad, no había visitado casi ningún lugar, pero podía imaginarlos a partir de retazos de conversaciones, noticias de radio y lecturas. El norte era rocío por las mañanas, nieblas a media tarde, olor de heno recién segado, sonidos de esquilonas de vacas, caminos embarrados, asientos de piedra y lluvia. Verde era lo mismo que norte: caracoles, goterones de agua sobre las grandes hojas de los castaños, charlas de chimenea y mujeres cargando hatillos de leña. Verde era frescor profundo, humedad de la tierra en las puntas de los dedos, lombrices, fuego de chimeneas, charlas dulces y nostalgias.

La barra era buen lugar para hacer las primeras ventas. Entre Paco y Manuel existía una venial simbiosis que arañaba siempre algunas monedas de compradores comunes. La clientela se acercaba utilizando una gama de saludos y voces que él situaba en una escala entre uno y diez. Uno para los que espetaban simplemente: «Tres», y diez para quienes se acercaban con un largo saludo: «Buenas tardes. Deme cuatro, por favor... Muchas gracias. Que tenga un buen día y adiós». No sabía cómo puntuar a los torpes compradores que se despedían con un «Hasta la vista...».

El carillón puso el acostumbrado prólogo a otro aviso «vía tres andén cuatro próximo a estacionarse el tren...». Sabía de memoria las horas de partida y los destinos y podía imaginar lo que ese anuncio provocaba: el tren llegando a la terminal, el penúltimo vistazo a bolsos y maletas, la prisa de los impacientes... Sus oídos y las yemas de sus dedos le permitían intuir una porción de mundo bastante precisa. Jamás había utilizado sus ojos y por tanto no podía asegurar que la vista fuera más útil. Quienes veían solían sentir conmiseración de un ciego, pero él se rebelaba ante ese sentimiento, aunque su rebeldía era sorda. Tal vez la vista fuese un sentido tan útil como el oído, el tacto o el olfato, se decía, tal vez...

Siempre había trabajado en estaciones. Le atraían desde que era niño, cuando viajaba en tren con sus padres hasta el amarillo de un pueblo mesetario, del que guardaba sus primeros recuerdos. Iba siempre con la nariz pegada a la ventanilla, oyendo cómo su padre o su madre le recitaban el paisaje: el tendido eléctrico en el horizonte, los campos de cebada a punto de siega, una casa blanca con cerca, ovejas triscando en un prado, un camino por el que pedalea un niño en bicicleta, una colina pedregosa, un bosque de encinas... Las palabras de sus padres, superpuestas al chaca-chaca de las ruedas sobre los raíles, eran sus ojos durante el viaje. Cuando el tren se detenía, pedía también que le describieran el estático paisaje, mientras resoplaba la locomotora: los bancos de madera, el enorme reloj, la campana, la oficina del guardaagujas, los destartados aseos, las maletas de cartón... Mucho habían cambiado las estaciones desde entonces, pensaba él.

A veces evocaba sus viajes al amarillo de su infancia, en un pueblo castigado durante el verano por el reseco calor del sol. Amarillo era niñez. Amarillo era trigo amontonado en el liso paisaje de las eras; cardos que arañaban sus piernas por encima de sus calcetines; olor a animales y estiércol mientras daba vueltas en el trillo del abuelo; sequedad del aire al lado de las aventadoras, que transportaba finísimas briznas de paja que espesaban su saliva. Amarillo era calor de siesta, zumbido de moscas, paseos al atardecer para notar en el rostro el tránsito del sol por la línea del horizonte, baños en la helada poza que el río formaba a la salida del pueblo. Amarillo era lo mismo que verano e infancia. Hacía ya muchos años que no viajaba al amarillo real, aunque podía recordarlo ahora, mientras oía los ruidos de la estación y descargaba algún billete de la pechera de su gabardina.

Manuel no sabía por qué todas esas cosas iban y venían por su cabeza esta mañana. Se había levantado con la sensación de que algo debía cambiar, aunque no sabía qué ni por qué. Había cumplido los cuarenta y cinco años, una edad todavía liviana, y no podía por menos que pensar en tiempos pasados. Desde hacía algunos días tenía ganas de hacer algo insólito: pasear por las calles toda una noche, sentir el aire en la terraza más alta de la ciudad, asistir a una exposición de pintura o, como esta misma mañana, bajar y subir por las escaleras mecánicas, dejándose llevar ingrávido durante horas.

A las diez, abandonó la barra, se despidió de Paco e inició su recorrido usual. Para él, la estación era absolutamente diáfana. El mundo era una esfera y él era el centro. Hasta él llegaba información suficiente de cuanto acontecía a su alrededor, y para todo había una palabra y una sensación: un taconeo apresurado y un perfume femenino, el chasquido seco de un encendedor, el acarreo de una maleta cuyas ruedas precisan un engrasado urgente, el paso de una página de periódico en un banco cercano, una conversación infantil a su derecha, alguien que se acerca y pide «dos, por favor, gracias» en una escala seis...

Mientras tomaba clases, muchos años atrás, había valorado la ventaja de conocer miles de palabras, que podía traducir en imágenes en la punta de sus dedos y en el interior de su cerebro. Debía a sus padres tal tesoro. Pronto se dieron cuenta de que su hijo no vería jamás, pero no se resignaron. Le zambulleron en un mundo lleno de palabras y sensaciones táctiles que le permitió disfrutar de matices que los videntes jamás se molestaban en explorar. Utilizó dos días enteros en conocer una bicicleta y entender su funcionamiento. Se entretuvo una tarde en palpar una oveja y hacerse idea de sus dimensiones, humedades, perfiles y textura de su lana y de su piel. Una mañana dejó que un caracol recorriera su cuerpo desnudo de niño, para notar la viscosidad de su baba y el roído juguetón de sus leves mandíbulas. De vez en cuando compraba un ramillete de flores variadas, que colocaba en distintos lugares de casa para reconocer sus fragancias. Como resultado de esas dilatadas experiencias, no tenía problema en leer cualquier libro, con tal de que estuviera traducido a un lenguaje apto para las yemas de sus dedos.

Lo comprendía todo menos el color, una cualidad que a un ciego le resultaba inservible y caprichosa. Por supuesto, sabía que la hierba era verde, que el despejado cielo diurno era azul, que la sangre era roja y que el papel solía ser blanco, pero no comprendía la utilidad de accidentes que tan poco añadían a la sustancia. Por eso, para él esos atributos tenían un significado distinto. Verde era norte y humedad. Amarillo, verano e infancia. Violeta, olor a marchito y melancolía. Blanco, intensidad y placer. Negro era miedo...

Percibió un murmullo inusual cerca del quiosco. A veces sucedía algo similar en la estación: un tirón de bolso, alguien que se desmaya, una reyerta, la falsa alarma de alguien que echa de menos un bulto que no llevaba o que olvidó en otro sitio... Se mantuvo atento para individualizar algunas voces. Al cabo del rato oyó pedir un médico, mientras algunos curiosos iban hacia la zona. Manuel no se movió. Poco podía hacer él, y en esos momentos confusos nadie repara en el bastón de un ciego... Pasados un par de minutos, la agitación se convirtió en un tenso murmullo en el que destacaban las voces de los vigilantes pidiendo a los curiosos que despejaran la zona. Cuando todo parecía calmado, oyó afuera el sonido de una sirena y unas voces apresuradas por la escalera. Pudo imaginar cómo los recién llegados desplegaban una camilla y la hacían rodar hasta el centro del vestíbulo, ahora invadido por los parloteos de quienes comentaban el suceso.

Decidió abandonar la zona y caminar hacia las taquillas, moviendo su bastón a ras de suelo. Podía adivinar a los paseantes, pero no los bultos que algunos descuidados aparcaban con desidia. A medida que caminaba oyó frases inconexas: «... es joven», «un desmayo...», «... estaba solo...», que parecían confirmar el accidente o la indisposición de alguien, un suceso infrecuente pero no extraño en ese pequeño lugar de tránsito.

Minutos más tarde, los camilleros abandonaron el lugar y poco a poco las voces se fueron apagando. Algunos compradores volvieron a acercarse, entre ellos una mujer de grado nueve en la escala de cortesía. Desde el lugar en que se encontraba, en la periferia del vestíbulo, se oía todavía un runruneo incesante y alguna palabra más alta que no llegaba a descifrar. Intuyó que el suceso no se había cerrado aún y se dirigió con calma hacia la cafetería.

A excepción de ese incidente, la estación seguía con sus ritmos usuales. Abajo se oían los trenes; a la derecha, el silbido del aire comprimido de las puertas; cerca, el crujido de los torniquetes; por todos los lados, golpeteos y arrastres de maletas, y a sus pies, la contera metálica del bastón, aviso para transeúntes despistados.

Buscó un sitio libre en la barra. Se sentó en un taburete esperando a que Paco pudiera acercarse. El ruido de la cafetera y el sonido de los platillos le indicaban que su amigo tardaría un rato en estar libre. Captó retazos de conversaciones: «... que no nos traiga mala suerte...», «... dicen que es un hombre...». Vendió unos billetes más y ocupó el tiempo tratando de captar algún otro sonido que explicase lo sucedido, pero la calma, quizá demasiado espesa, se extendía por la sala. De vez en cuando se escuchaban las órdenes de los vigilantes: «Circulen, circulen, por favor».

Paco se acercó. «Es un hombre joven. Parece que le ha dado un infarto o algo así. Los policías no dejan acercarse a nadie». «¿Pero no se lo han llevado en la camilla?». «No, al parecer está muerto. Lo han tapado con una manta. Deben de estar esperando a que venga el juez». «¿Y cómo ha sido?». «Parece que iba andando, cayó al suelo y ya no se levantó. Los de urgencias no han podido hacer nada». Alguien pidió un café al otro lado y Paco se fue. Manuel trató de imaginar la sórdida escena: un hombre muerto, joven, tirado bajo una manta en el suelo de un frío vestíbulo. ¿Quién sería? ¿Dónde iría o a quién esperaba? ¿Qué pensaría cinco minutos antes, tan ajeno al destino que le aguardaba? ¿Quién le echaría de menos?

Paco se acercó de nuevo. «Dime qué se ve desde aquí». «Hay dos policías y dos vigilantes. El hombre está tapado con una manta de tren. Hay un maletín a su lado. Parece que viajaba solo, porque no se ha quedado nadie a su lado. La gente que entra mira el bulto y trata de pararse, pero los policías no les dejan detenerse».

Manuel dirigió el rostro hacia el centro del vestíbulo y trató de imaginar la escena. Una manta de viaje y un maletín. ¿Qué habría dentro? En el maletín o en su bolsillo estarían sus datos personales, algún teléfono para avisar, quizá fotos familiares. Aquellos pequeños objetos eran el vínculo del muerto con el exterior, para quien ya se había desvanecido el universo entero. Sin embargo, para el universo la muerte de aquel hombre era imperceptible. Le resultó aterradora la asimetría, en la que nunca había pensado.

Se preguntó de qué color sería la manta que lo cubría. Si fuera por él, sería del color del abismo: sería negra. Pero probablemente no era así. La manta tendría un color impropio; quizá verde, tal vez, incluso amarillo. Manuel golpeó con los nudillos sobre la barra, llamando a Paco. «¿De qué color es la manta?». «¿La manta...? Marrón... con rayas rojas. ¿Por qué?». «Por nada. Quería saber».

Marrón. Marrón es montaña, poder sobre la naturaleza. Significa caminar senderos cuesta arriba, hasta llegar a lugares callados en los que el sol es más crudo y el aire corta el rostro. Marrón es voluntad de sobreponerse a los acontecimientos. Marrón es mezcla de madurez y fortaleza. En definitiva, marrón es un color impropio para cubrir un cadáver. Además, rojo es fuego, energía, vida. Una manta marrón con listas rojas, quizá con el sello de la compañía de ferrocarriles, resultaba inadecuada para esas circunstancias.

Manuel nunca había entendido qué significaba el color. Si algo le fastidiaba era no comprender algo cuyo nombre era sencillo. Jamás esperaba palpar un iceberg, pero comprendía qué era. Igual ocurría con *páncreas*, *estrella* o *submarino*. De niño, preguntaba por el significado de ciertas palabras y sus padres se ocupaban de explicárselo y, cuando podían, de proporcionarle una experiencia o un recurso metafórico que pudiera entender. Más adelante, lo había buscado por sí mismo en el gigantesco diccionario de la escuela. Tanto de niño como de adulto se había estrellado siempre con el significado de *color*, como si fuera algo tan evidente que no necesitase explicación. Nadie había sido capaz de esclarecerle la diferencia entre una silla roja, otra verde y otra azul, y él no entendía cómo aquellas propiedades pudieran ser tan notables para quienes utilizaban la vista.

Consideró que era una lástima morir sin haber captado el perfecto significado de algo que se ignora. El hombre tirado en el centro del vestíbulo, oculto bajo una manta de color indebido, ya no tenía oportunidad de entender nada que no hubiese comprendido antes. Manuel se dijo que el tránsito entre los dos estados —*puedo hacerlo y no podré hacerlo jamás*— era tan tenue como el espesor de un cabello.

Despachó dos billetes, sin fijarse apenas en el tacto de las monedas que le entregaban. Tras un breve silencio, golpeó de nuevo con los nudillos en la barra: «Dame mi cartera». Paco la buscó detrás del mostrador y la colocó junto a las manos de Manuel, que la agarró por el asa. «Adiós, Paco». «¿Te vas ya? Es pronto...». «Tengo que hacer algo importante».

Se quitó los billetes de la gabardina y los guardó en la cartera. Anduvo hacia el centro del vestíbulo, en dirección al cuerpo tendido. Al acercarse, uno de los guardias le tomó del brazo. «No puede pasar por aquí... Yo le acompañaré a la salida...». «No quiero salir. Quiero *mirar*». El vigilante, sorprendido por su respuesta, observó sus gafas oscuras y su bastón de ciego y le dejó acercarse, intrigado. Manuel se quedó parado delante del bulto.

Bajo una manta de color inadecuado yacía alguien con un proyecto inacabado. Ya no había oportunidades para él. ¿Adónde iría? ¿Qué sueños perseguía, si tenía alguno? Fueran cuales fueran

las respuestas, ya no importaban. Manuel pensó en sí mismo, en sus proyectos cercenados hacía tiempo por el negro del miedo. ¿Qué esperaba él? ¿Dónde habían quedado sus sueños de niño? ¿Por qué no se atrevía a poner en marcha deseos ocultos? ¿Qué hacía día tras día, durante tantos años, paseando la misma estación?

Mientras miraba sin ver, Manuel pensó que mucho tiempo atrás él se había tendido en el suelo de su vida, negándose a caminar. Ni siquiera se había atrevido a desvelar los misterios que se había planteado cuando niño. Uno de los policías se le acercó. «¿Conocía a este hombre?». «No». «Debe irse. No puede estar aquí».

Manuel se giró y se fue golpeando con su bastón hacia las taquillas. Había pocas personas en la cola. Los altavoces avisaban de la partida de un nuevo tren, largo recorrido al sur. Era adecuado. Se acercó a la ventanilla y fue reconocido por una de las vendedoras, con voz de cristal tallado. «Hola, Manuel. ¿Qué quieres?». «Un billete, para el tren al sur». «¿Te vas de viaje?». «Esta vez, sí». La mujer dudaba si Manuel bromeaba, pues en ocasiones le había confesado que algún día haría un viaje, pero tantas veces y desde hacía tanto que resultaba difícil de creer ahora. Él puso unos billetes sobre el mostrador y preguntó: «¿Es suficiente?». «¿Adónde quieres ir?». «Al sur, al sur más lejano que puedas venderme...».

Manuel oyó cómo la mujer tomaba algunos billetes que había depositado en el mostrador y cómo le devolvía unas monedas. Lo tomó todo, incluyendo un pequeño tique de cartulina. «Adiós».

Podía llegar al andén desde la puerta franca del vigilante, como hacía otras veces, cuando bajaba para vender sus billetes, pero esta vez quiso hacerlo como cualquier otro viajero. Tanteó los escalones con su bastón y caminó hasta el punto indicado por los altavoces. Olía a vapor quemado, a cable viejo, a hierro recalentado.

Manuel se notaba nervioso. Comprendía ahora la expectación y las prisas de los viajeros. Paseó en recorridos cortos a lo largo del muelle, esperando a que llegase el tren. Oyó el silbido de las puertas mientras se abrían y localizó el acceso a partir de las pisadas de los viajeros. Cuando no quedaba nadie, ascendió los escalones y subió al tren.

Buscó un sitio libre en un vagón, al lado de la ventanilla. Procuró escuchar sonidos cercanos y tanteó con la punta del bastón para hacerse idea del espacio que le rodeaba. Percibió la entrada de otros viajeros y tuvo la sensación de que algunos se aproximaban para rehuir al poco la cercanía de un ciego. «Mejor», pensó, «así nadie me molestará».

Por fin, el tren se puso en movimiento. Viajaba hacia el azul. Para él, el azul era el sur. Nunca había estado allí, pero lo había imaginado cientos de veces. Azul era mar, agua salada y viento en el rostro, el calor del sol al atardecer y el ruido de las olas golpeando sobre la playa. Azul era pasear descalzo sobre la arena húmeda, clavándose en los pies el filo de pequeñas conchas. Azul era el sonsonete incansable, eterno, del agua sobre la tierra. Era sentir sobre la piel el viento pegajoso, cargado de sal y de olor a pescado, imaginar barcos meciéndose ingravidos sobre la superficie del mar, dejando estelas de burbujas sobre las que se columpiarían los peces. Azul era eternidad. El vértice entre el infinito del mar y el infinito del cielo en el horizonte, que él podía imaginar sin esfuerzo.

El tren tomó velocidad mientras él pegaba la nariz a la ventanilla e imaginaba la sucesión de edificios, que dejarían paso a carreteras, a prados, a bosques y a montañas, tal como él imaginaba cuando niño. Viajaba al azul. Azul era eternidad, cielo y mar unidos en un abrazo. No merecía la

pena morir sin conocer siquiera un color. Sentiría el azul en los párpados, en la yema de los dedos, en la nariz, en el oído. Sabría por fin qué era el Azul.

MUCHO MEJOR QUE EL FÚTBOL, DÓNDE VA A PARAR...

Mientras que el abuelo Berto se pone el impermeable, la abuela Teo arrastra el cubo de fregar hasta el dormitorio principal. Como es sábado, toca cambiar la ropa de cama y lavar a fondo los suelos de la casa. Su marido ha limpiado más o menos el polvo de los muebles y barrido más o menos el suelo. Algunas pelusas quedan adheridas a las hebras de la fregona. Siempre que pasa eso se pregunta quién echará esas porquerías al suelo. Ella no, desde luego.

—Entonces, ¿algo más del mercado? —dice el hombre desde el pasillo.

—Nada, lo de la lista —la mujer apoya la fregona en el marco de la puerta y se asoma para comprobar si el hombre va bien abrigado; él parece superar el examen y ella añade—: Procura que los mejillones sean bien gordos, y si las sepias no te parecen frescas, trae algunos langostinos más.

—Y el pan, ¿no?

—Claro. La rosca de semillas para la niña y una barra bien tostada para el chico.

Cuando se cierra la puerta de la calle, la fregona comienza a recorrer enérgicamente el piso, izquierda, derecha, izquierda, derecha... Es un trabajo tan mecánico, realizado tantos miles de veces, que no hay que prestarle atención. Algunas tareas domésticas, piensa la abuela Teo, vienen bien para pensar en otras cosas. Por ejemplo, mientras agita el palo, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, recita mecánicamente la alineación de los equipos de fútbol de los que son hinchas sus hijos.

Antes, cavila la abuela Teo, eso era más sencillo, pero ahora, con esa manía de contratar a extranjeros, y cuanto más exóticos mejor, es más difícil recordar los nombres de los jugadores. Además, ya no basta con saber cuáles de ellos saltarán al césped. Hay que conocer también quiénes se sentarán en el banquillo y quiénes están lesionados o sancionados y, por si acaso, estar al tanto de los rumores de traspasos e incluso de líos de faldas. Los chicos de hoy saben mucho. «Con eso de interné», se dice la abuela Teo, «hay mucha más información que antes».

La verdad es que recordar todo eso, piensa mientras vacía el cubo de agua sucia por el váter, representa un enorme esfuerzo. Un esfuerzo inútil, se dice, sobre todo si el fútbol te importa exactamente un pimiento, o incluso menos que eso. Pero todo trabajo es poco, añade, cuando lo que se quiere es tener algo de lo que hablar con los hijos. Y además está lo del alzhéimer.

Los chicos, la Merche y el Javi, irán a casa a comer, como todos los sábados. Mientras se llena de nuevo el cubo, la abuela Teo entra en sus cuartos para abrir las ventanas y ventilar. Hace tiempo que los chicos se fueron de casa, pero a ella le gusta tener las camas siempre arregladas, porque nunca se sabe. A veces, desde que acaban la comida hasta que empieza el partido, la Merche y su marido se echan un rato la siesta. También el Javi, incluso a veces con alguna novia. Qué cosas.

El mundo ha cambiado mucho, medita la abuela, friega que te friega de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Su marido y ella se hacen cruces al comprobar cómo eran las cosas en su época y cómo son ahora. Antes, los hijos también iban a comer a casa de los padres, pero de otra manera. Las hijas y las nueras ayudaban a poner la mesa y a recoger, pero ahora, vamos, ahora no mueven un dedo. ¿Y a quién se le iba a ocurrir encamarse después de la comida, en casa de los padres? Eso, ni se hacía ni se imaginaba. «Con la televisión», se dice la abuela Teo, «hay mucho más descaro que antes, dónde va a parar».

Suena el chiquichaque de la cerradura y la abuela se sorprende: o el abuelo Berto ha tardado demasiado poco o a ella el tiempo se le ha ido muy rápido, cosa que le ocurre cada vez más a menudo. Sale de dudas.

—¡Se me olvidó el dinero! —dice él, que pasa de puntillas hasta el perchero, rebusca en el bolsillo de su chaqueta, saca la cartera y vuelve hasta la entrada—. No tardo nada, ¿eh?

La abuela Teo hace muecas de cariñoso reproche. No es la primera vez que al marido le pasa algo parecido. Desde hace tiempo, justo al año siguiente de jubilarse, el abuelo Berto se ha vuelto más despistado. El asunto tendría gracia si no fuera porque en el centro de la tercera edad no dejan de decirles que esos pequeños síntomas pueden ser un indicio del alzhéimer. Ella cree que su marido ha sido siempre así, pero es verdad que el asunto es para preocuparse. «Una pierde los recuerdos y lo pierde todo», suele repetir la abuela Teo a sus amigas, más preocupadas por los dolores de las vértebras y el dolor de los cálculos que por los agujeros de la memoria.

Acabada la limpieza, es hora de ponerse con la cocina, de comenzar a preparar la paella. Trocea el pollo y el cerdo y pone la paellera al fuego para sofreír la carne. De niño, el Javi era un cocinillas, pero hay que ver cómo cambian los hijos. Parece que era ayer cuando el chico se arrodillaba en el banco para cerrar en la mesa las obleas de las empanadillas. Cuántas angustias hasta que crecen y cuántas preocupaciones cuando se hacen mayores. Eso se lo había oído a su madre: «De ser padres no se acaba nunca». Y es verdad. Antes, que si las anginas y el colegio. Ahora, que si el trabajo y la moto. Y menos mal que los chicos han salido buenos, porque buenos son... Aunque tengan sus cosas.

Revuelve la carne en la paella y coloca al fuego un cazo con agua. Mira el reloj. El marido tarda. Pela unos ajos, busca unas hojas de laurel y mira si hay azafrán. Menos mal que la Merche ha cambiado. Desde que es madre ve la vida de otra manera, y gracias a su marido, que es un bendito. ¡Mira que tiene paciencia con ella!, piensa la abuela Teo. Otro ya la habría dejado, con esos continuos cambios de humor, que lo mismo se abraza a ti que te pone morros o te da una voz por menos de nada.

Suena la puerta. El abuelo Berto saluda y deja las bolsas en la mesa de la cocina. Sale de nuevo para quitarse el impermeable y cambiar los zapatos por las zapatillas de fieltro. Regresa, guarda el pan en la panera y se coloca su mandil al tiempo que dice a su mujer:

—Voy a lavar el pescado, ¿te parece? —sin esperar respuesta, lleva la bolsa junto al fregadero y comienza a sacar los envoltorios de papel.

—¿Lo encontraste todo? —pregunta la abuela. Un segundo después, se da cuenta de que la pregunta es inútil, porque él ha dejado al descubierto los langostinos, las gambas arroceras y las sepias; el paquete grande debe de ser el de los mejillones. Apaga el fuego de la paellera y la aparta un poco. Da un mensaje urgente mientras pone sal en el agua—. No me laves mucho las gambas, que luego el caldo no sabe a nada.

—Sí, de todo, pero había mucha gente —él hace una pausa para graduar el caudal del grifo y habla como para sí—: Antes, cuando un hombre iba a comprar, el tendero decía: «¿Qué les parece si atendemos al caballero?». Y las mujeres decían: «Claro, claro». Ahora hay que esperar como todo el mundo, y si te descuidas siempre hay una mujer que intenta colarse.

El abuelo Berto está de buen humor. La abuela Teo se alegra por ello. Si los chicos han cambiado, piensa la mujer, más ha cambiado su marido. Antes no iba a la cocina más que para coger una cerveza, y lo más parecido que hacía a guisar era abrir una lata de aceitunas. ¡Quién le iba a decir a ella que Alberto un día iría a la compra y tendría su mandil! Y que incluso sería capaz de lavar pescado... Mientras él sigue hablando, la abuela Teo siente una enorme ternura por el hombre, que va depositando con cuidado las sepias limpias en el escurridor. Ella toma el plato con las gambas y las echa en el cazo. Mira el reloj y calcula mentalmente. Tres minutos.

—¿Troceo las sepias? —pregunta el abuelo Berto mientras se lava las manos.

—No, son pequeñas y las voy a poner enteras —la mujer retira las primeras espumas que sobrenadan en el agua—. Limpia los mejillones, ¿vale?

Mientras el hombre busca un cuchillo, la abuela Teo piensa que con el tiempo su marido se ha vuelto dócil. Dócil pero no manso, que son cosas distintas, porque hay que ver lo bruto que se pone cuando cree llevar razón. Ella retira el cazo del fuego y él arranca las barbas y rasca, ras, ras, los mejillones. En carácter, la Merche salió a él, con mal genio y peleona. Claro que si Alberto no hubiera sido tan bruto, no habría sacado a la familia adelante. ¡Qué tiempos, cuando se vinieron del pueblo! Eso sí que era pasarlas canutas, y no de lo que se quejan los jóvenes de ahora. En aquel pisucho de alquiler durante seis años, donde te asabas de calor en verano y te pelabas de frío en invierno. Mirando hasta la última peseta...

La Merche vino por entonces, continúa recordando la abuela Teo. Coloca la olla al fuego y añade laurel. Mira que tuvieron cuidado, pero se quedó embarazada. La niña llegó en el momento peor. Tan malos tiempos que nunca ha sido agradable charlar de ello, ni siquiera para celebrar que hubieran vencido al destino. Él acaba con los mejillones y resopla. Aún queda deshacerse de la porquería de alrededor del fregadero. Ella filtra el agua de cocer las gambas y la reserva en un tazón. Comprueba el agua de la olla. Ya hierva. Echa los mejillones uno a uno, sopesándolos.

—Van a estar riquísimos —dice la abuela Teo a su marido, reconociendo que ha hecho una buena compra—. Antes de que vengan los chicos, si quieres, preparamos un vermú y nos tomamos unos pocos. Hay suficientes para la vinagreta. ¿Te parece?

—Pues claro que sí, que nos los merecemos —el abuelo Berto tira a la basura una bolsa con los desperdicios—. ¿Voy poniendo la mesa?

—Es pronto todavía, pero bueno... Pon el mantel que nos regaló la niña.

Ella comienza a pelar las gambas, estrujando las cabezas en el tazón para que suelten su jugo. Criar al Javi fue mucho más sencillo, recuerda la abuela Teo. Cuando nació, ocho años después,

ya vivían en su pisito y la Merche había salido adelante. ¡El trabajo que les costó la niña! ¡Y la de dinero que se tuvieron que gastar con ella en medicinas! Que si los dolores de oídos, que si las vegetaciones, que si el calcio-20, que si el aceite de hígado de bacalao... La abuela mira el reloj y comprueba la olla. Los mejillones ofrecen su anaranjada carne entre las valvas negras, apetitosos. Aparta el recipiente del fuego y apaga el gas. En esta época las cosas son distintas, más fáciles, sigue la abuela Teo. Alberto se mataba a trabajar en la fábrica por unas perras, y menos mal que ella cosía en casa. Gracias a eso conseguían llegar a fin de mes. No era extraño que, tantos años más tarde, su marido tuviera machacada la espalda.

Sus pensamientos se interrumpen. El abuelo Berto, con la calma que dan los años, abre el congelador. Sigue pelando crustáceos la abuela Teo, mientras contempla de reojo a su marido, levemente encorvado, tomando dos vasos del escurridor, poniendo la bandeja del hielo bajo el grifo. Ni sabe de dónde sacaron valor para tener hijos en tiempos tan duros, pero eso entonces ni se pensaba. No como hoy, que la gente decide no tenerlos. «Así nos va a ir», sentencia la abuela para sí, «que en el futuro no va a haber más que viejos y, con suerte, inmigrantes que los cuiden». La música del hielo sobre el cristal parece poner fin a su tarea, tlin, tlin, una montaña de caparazones en un plato, un montoncito de gambas en otro.

La abuela Teo se lava y seca las manos y pesca en la olla media docena de los mejillones más gordos. Los coloca en un plato y los rocía con jugo de limón. Toma el vaso que le ofrece el marido y lleva el plato a la mesa. Los dos se sientan. Antes de beber, brindan como siempre han hecho desde la primera vez que lo vieron en una película, hace ya muchos años.

—Por los chicos —dice el abuelo Berto levantando el vaso.

—Y por nosotros —ella completa ese brindis ritual mientras aproxima su vaso al de su marido y los dos se rozan con un tintineo.

El tiempo del aperitivo se llena con esa mezcla de silencios y livianas palabras de los que están llenos los tiempos de los abuelos. A qué hora comienza el partido, pregunta ella; a las siete, responde él. Qué va a haber de postre, pregunta él por saber qué cubiertos debe colocar; fresas con nata, dice ella. Cuándo dijeron los chicos que vendrían, quiere confirmar uno lo que ya sabe, y el otro mira el reloj y dice que a las dos.

—Huy, falta poco... —dice uno, y el otro asiente.

La mujer vuelve a los fogones. Preparar una paella supone organizar un buen cacharreo, se dice la abuela Teo mientras contempla la encimera. Y más ahora, añade, cuando uno puede elegir de todo, desde pollo a langostinos y de aceite de oliva al azafrán. ¡La de platos que no habrá preparado ella con arroz y cualquier cosa! Mientras saca de la nevera las verduras y comienza a arreglarlas, se recita de nuevo la lista de jugadores de los equipos de sus hijos, haciéndose una idea de los que pueden saltar al campo tras descontar a los sancionados y a los que andan con averías. Sabe que eso es inútil, pero por un lado sirve para hablar con los chicos y por otro mantiene en forma su memoria, algo en lo que insisten mucho en el centro de la tercera edad.

«Ay, los chicos», suspira la abuela. La de preocupaciones que dan. El Javi, porque en la empresa no hacen más que amenazar con despidos, y eso que él es un buen electricista y si no encuentra trabajo aquí terminará por encontrarlo allá. La niña, porque buen esfuerzo hace con eso de ir todos los días a la tienda y luego atender al pequeño, y eso que el marido es un santo y se ocupa de muchas cosas de la casa, no como hacían antes los maridos. «Hay que ver lo que se tarda

en criarlos para que luego, de buenas a primeras», se lamenta Teo, «venga una revolución de esas que deja a la gente sin trabajo, con todo lo que hay que pagar hoy en día».

«La niña... Parece mentira que ya sea madre», se dice conmovida la abuela, con lo frágil que era de niña, delgada como un lapicero y tan delicada que cualquier corriente la hacía toser. ¡Mira que hacía frío en aquel pisejo del demonio!, recuerda con desdén Teo, mientras abre un bote de pimienta roja y lo deja a escurrir en un colador. No había forma de entrar en calor ni siquiera con la estufa de butano, y las ropas de la cama parecían siempre húmedas, como si lloviera dentro de la casa. La de noches que soñaba, recuerda estremecida la mujer, que al levantarse por la mañana la pobre Merche estaba muertecita en su cuna, helada de frío.

Casi nunca ha hablado de esa época con su marido. Las veces que intentaba recordar esos tiempos, Alberto reía diciendo que exageraba, que no era para tanto. «Ni hacía tanto frío ni fue tanta el hambre, mujer», respondía él. Pero a lo mejor es que hay que ser madre para sentirlo, le replicaba mentalmente Teo. Si se es madre se puede soñar con pánico que tu hijita se te va a morir helada en su cuna, incluso si la llevas contigo a la cama. Si se es madre puedes sentir dolor al pensar que no se te hincharán las tetas lo bastante como para amamantar a tu niña, y que ella es frágil, delgada y enclenque porque tú no comes lo suficiente...

Mientras ralla un tomate, la abuela Teo reprime humedades que parecen venir de más allá de los ojos. «¡Qué boba!», se reprocha. Aquellos tiempos ya han pasado, se dice, y la Merche está bien, el Javi está bien, el nietecito es una bendición, el yerno es un buen hombre, y es un orgullo que la niña les haya hecho abuelos, aunque el abuelo Berto tenga la espalda machacada y deba dormir con corsé. «¡Con la de motivos que tengo para ser feliz!», moquea, «y estoy aquí llorando como una magdalena».

Teo extiende sobre la tabla un pimienta para cortarlo en tiras primero y en cuadraditos después. El Javi ya nació en el piso nuevo, y cuando se quedó embarazada de él dio gracias a Dios por no haberse quedado preñada antes y no haber tenido que revivir el pánico y el dolor. Poco a poco, los malos sueños fueron quedando atrás, a medida que el calor templaba su cuerpo y Alberto conseguía que la despensa se llenara de lo necesario para los cuatro. «¡Pobre Alberto! La de horas que trabajó...».

Muchos años después, sigue evocando la abuela Teo mientras vierte en un tazón los primeros ingredientes de la vinagreta, llegó aquella canción. La cantaba el Serrat y por lo visto era de un escritor muerto hacía muchos años. La primera vez que la oyó por la radio la tomó desprevenida y no la comprendió. Parecía cosa de poetas: «Siempre en la cuna / defendiendo la risa / pluma por pluma». Pero a la segunda le pareció entender algo que la hizo estremecer: «En la cuna del hambre / mi niño estaba...». La tercera vez la escuchó con más atención y ya supo que hablaba de ella. Y de otras madres como ella. Pasado el tiempo, se la aprendió de memoria. Esa y otras muchas poesías, que recuerda perfectamente, para ahuyentar el alzhéimer. «Mucho mejor ejercicio que recitar la lista de jugadores de fútbol de cualquier equipo, dónde va a parar», se convence.

Suena el timbre del portero automático. El abuelo Berto descuelga el telefonillo y entra en la cocina para comunicar lo que se puede suponer: «Ya están aquí». La abuela Teo se tranquiliza. Picadas las verduras, preparados los caldos, dispuestas las carnes y medido el arroz, solo quedaría comenzar a preparar la paella, pero no se pondrá a ello hasta después de tomar los mejillones, para que no quede ni pasada ni fría. Siempre hay asuntos que charlar y cosas que picar en la nevera, y a la abuela Teo no le importará seguir en la cocina mientras los demás andan por

allí. Y entretanto, preparará la ensalada y los cuencos con los postres. «Una mesa como Dios manda», se dice satisfecha la abuela Teo.

Solo falta un ingrediente para la vinagreta. Pela la cebolla y comienza a cortarla en tiras muy finas, para luego picarla y añadirla a la salsa. Siempre que hace eso se acuerda de la canción. Es inevitable. Suena el timbre, pero el abuelo Berto ya está a la puerta y Toñín es el primero en entrar y en agarrarse a las faldas de su abuela.

Recibe besos de la Merche, del Javi y del yerno. El Toñín sigue aferrado a sus piernas con la juguetona inconsciencia de sus cinco años y el abuelo Berto sonrío satisfecho. La abuela Teo no puede evitar que dos lagrimones caigan resbalando por sus mejillas hasta el suelo. A nadie le ha pasado desapercibido el detalle, pero es la Merche la que pregunta:

—¿Qué te pasa, mamá?

—Nada, hija... Es la cebolla. La cebolla...

TERMURIOS

Debía de estar medio dormida, pues me despertó un termurio alrededor de la una de la madrugada, poco después de meterme en la cama. Mi sensación de pánico no es fácil de describir, porque no sabía qué era un termurio; mejor dicho: no sabía cuál era el origen de ese ruido, pero su sonido se asoció de inmediato a una idea, a una palabra existente en mi cerebro: t-e-r-m-u-r-i-o.

La tabla se resistió, gimiendo, hasta que los oxidados clavos chirriaron y liberaron su presa. No vi más que el blanco del suelo, pero dirigí la linterna hacia los rastreles, por si acaso. Acerqué el oído al agujero, ¡y allí estaba de nuevo! Era otra vez el termurio, ahora ligero, casi inaudible. Me coloqué en diferentes posiciones y apliqué la oreja derecha, y luego la izquierda, hasta que pude cerciorarme de que el sonido procedía precisamente del suelo de mi habitación.

Ese sonido sibilante, ese tenue fragor, se extendía de lado a lado del piso, como una onda suave. Como el arrastrarse de ovillos de lana bajo el suelo, como los ecos de voces atrapadas en un laberinto. De nuevo sentí el latigazo de la débil corriente que estimulaba el miedo.

Frenética, dominando el pánico, me dirigí allí con mis herramientas. Corrí la cama, levanté la alfombra y elegí de nuevo una tabla adecuada. Me aturdí el tronante ruido de mis golpes, pero el dolor que me producía estaba compensado por mi deseo de saber. Al fin, después de muchos sudores, conseguí desembarazarla. No oí nada al principio, aunque sabía que *eso* estaba ahí. Ya no necesitaba acercar el oído para notar el termurio, aplacado pero patente.

Esperé inmóvil, procurando controlar incluso los suspiros de mis pulmones. Debí de transcurrir una hora, o quizá más.

De repente, vi una pequeña figura blanca que atravesaba el estrecho pasillo grisáceo descubierto entre las dos tablas. *Eso* me vio también, sin duda, porque a la levedad del ruido siguió un ligerísimo bramido y, después, un silencio absoluto, tan absoluto y rotundo que era sospechoso de un próximo estallido desbordado.

No me contuve entonces. Apalanqué y extraje otra tabla, con mucho esfuerzo. Todavía siguió el silencio. Luego, una tercera, y silencio aún. A continuación, una cuarta. Estaba pendiente de los sonidos de las maderas y los hierros y supe que en ese tiempo no había termurios: *eso*, lo que fuera, esperaba, quizá acechando. Al levantar la quinta tabla se oyó su líquido susurro. Cuando mi trabajo prosiguió, el termurio fue ganando en intensidad y pude notar las vibraciones del sonido por debajo del entarimado. Pero fue al llegar a la pared y al intentar tirar de los clavos que sujetan los paneles cuando el termurio se hizo casi insoportable. Arranqué la tabla con violencia...

¡Allí estaba! Era un cuerpo blanco, blanco ceniza, con brillantes irisaciones en sus muchas granulaciones, que se extendía a lo largo del rectángulo abierto en el suelo. *Aquello* se movía, y al hacerlo producía infinitos patuleos. Pude identificar uno de sus componentes y, cuando lo hube desmenuzado en su unidad, mi cerebro encontró de inmediato la palabra *termita*. Podía imaginar sus innumerables patas moviéndose por las paredes y bajo el suelo. Podía suponer los violentos rechineos de sus numerosísimas mandíbulas, y sospechar acerca de la ira de sus cuerpos, temerosos y agresivos. La suma de estas impresiones era lo que componía el ruido que hasta entonces no había podido identificar.

Sudando, sintiendo cómo mi vestido se adhería a la piel, imagino que con la cara descompuesta por el asco y el terror, me detuve a contemplar su blanqueado rostro, y sentí sus innumerables miradas. A mi descanso respondieron con el suyo. Yo comprendí y me quedé inmóvil. *Eso* entendió y cesó el termurio, hasta que hubo un silencio absoluto en el interior de la casa. Los dos permanecemos expectantes.

El silencio me salvó.

Primero percibí el trisar de los cristales de las ventanas y pude imaginar las fuerzas que vencían la rigidez del vidrio. Luego noté el tintinar de la lámpara de cristal sobre mi cabeza. A continuación, el gorgoteo de las cañerías... ¡No esperé más!

Huí de la habitación despavorida, mientras oía cómo las cuadernas de las vigas crujían en el techo y en las paredes y advertía cómo los muebles tabaleaban contra el suelo, y cómo copas, vajilla y cacharros de cocina organizaban su peculiar zapatiesta. Oía todo eso mientras corría, presintiendo la batahola que en pocos segundos amenazaba con enterrarme.

Cuando salí de la casa oí el estampido de las vigas, el trueno de las paredes, el fragor de las tejas desplomándose, formando una nube de polvo que me cubrió y lo ensució todo en muchos metros a la redonda. Sospeché, pero no oí, el chillido aterrorizado de las aves y el griterío de animales cercanos.

Luego, el bramido se convirtió en un rugido y este en un rumor, del que quedó en mi oído un retumbo lejano y grave, una sensación que tampoco he sentido nunca y para la que tampoco tengo nombre.

De lo que había sido mi cabaña solo quedaba un amasijo de tablas y vigas carcomidas durante años. ¿Cuál de aquellos pequeños monstruos había cortado el sutil hilo que la mantenía en pie? ¿Cuándo tenían previsto enterrarme bajo aquellos escombros polvorientos?

Esperé una hora o más, de pie, a que el eco y el polvo se disiparan. Luego, ligeramente repuesta, pero aún nerviosa, tomé el coche y regresé a casa, adonde llegué asustada y bañada en un polvo humedecido por el sudor.

En aquel momento supe qué era un termurio: *el termurio es el murmurio de las termitas, cuando conspiran contra una y desean su muerte.*

Me quedan por saber más cosas, pero prefiero no preguntarme por ellas.

MEMORIA CIRCULAR

Hay carta en el buzón, como casi todos los martes. Si fuera fiesta, que no lo es, o hubiera retrasos imprevisibles, que suele disculpar, podría ser otro día de la semana. Cuesta trabajo sobrellevar esas demoras, porque se corre el riesgo de perder la cuenta. En fin, visto de otro modo: está *esa* carta en el buzón, o sea, que *casi seguro* es martes.

Sus señas son las correctas, como los datos del remitente, escritos con letra picuda. Se puede diferenciar esa carta de otras, cuando las hay, en que dirección y remite están manuscritos, a diferencia de otra correspondencia, cuyos datos vienen impresos a máquina.

Agarra las bolsas después de colocar la carta bajo una axila y sube las escaleras, dos pisos, hasta la puerta que tiene una placa con su nombre, MARCO ABBADO. Le complace pensar que las letras grabadas en bronce resisten tan bien el paso del tiempo. Deposita en el suelo un paquete, agarra el manojito de llaves, prueba la roja y la introduce en el ojo de la cerradura. Da dos vueltas a la derecha y abre la puerta. Entra, deja los bultos y la carta sobre la mesa de la cocina y regresa al descansillo, a por lo que queda. Los detalles son siempre importantes. Cierra.

Se sirve un vaso de agua y va junto a la ventana. Mira a su alrededor, encuentra un abrecartas y rasga con cuidado el sobre. Despliega las hojas y comienza a leer: «Querido Marco...». La lectura se hace trabajosa y al final de la primera carilla toma una funda del bolsillo de la chaqueta y extrae unas gafas para leer con más comodidad. Sonríe o pone gesto de asentir mientras pasa por algunos párrafos. Menos mal que la letra está trazada con cuidadosa caligrafía. Las cartas que se intercambian los viejos acaban por ser una tortura, bien porque el que escribe pierde el hilo o encabrita las letras, o porque al que lee le bailan las palabras en la línea. Pero no es el caso de esa carta, correctamente escrita y comprendida sin dificultad. Además, todo lo que se relata en ella parece coherente.

Cuando acaba, dobla las hojas, las mete en el sobre y se queda unos segundos en suspenso. Al fin, se levanta y deja el sobre al borde de un aparador, en precario equilibrio, con parte de él fuera del mueble. Pero no hay que pensar mal, porque el detalle es premeditado.

Regresa a la cocina y abre las bolsas, esparciendo su contenido sobre la mesa. Algunos envoltorios son transparentes, pero otros tienen una cubierta opaca que hay que retirar para saber qué son y, sobre todo, a qué lugar de la cocina van, si a la nevera o a los armarios. Es evidente que van a la nevera los artículos que se degradan a temperatura ambiente en un tiempo breve. El

resto puede distribuirse en los armarios, cada cual en su lugar. Eso está claro, pero duda ante el queso.

Pasado un rato, Marco se deshace de los envoltorios y piensa que debe hacer algo urgente. ¿Qué viene a continuación de «guardar la compra»? Chasquea los dedos. Ya lo tiene: «colocar la factura». Fijarla en la puerta de la nevera, para tener presente lo que ha comprado. Resulta fantástico que las tiendas de hoy entreguen un inventario detallado no solo del coste, sino también del tipo de artículos y su cantidad. Su madre llevaba un registro en unos libros rayados, de tapa marrón, negra o violeta, en los que anotaba ingresos y gastos. Uno tenía un dibujo de colores pastel en la portada, con una mujer sonriente y dos hijos rollizos al lado. Decía en la cubierta: *Agenda del Ama de Casa Modelo. Sección Femenina. 1942*. Qué tiempos. También ella anotaba con letra picuda, y aún recuerda algunos precios: *Carbón, 2,50. Propina: 0,25*. Ya no es indispensable llevar ese control, porque el súper entrega algo parecido, y gratis. Observa la factura de hoy y retira la de la semana anterior, asegurándose antes de las fechas de cada una.

Es martes, así que hoy preparará unas lentejas. Mejor dicho: *las* lentejas que dejó en remojo la víspera. Se coloca un mandil. Durante la próxima media hora, con gestos que tienen algo de mecánico pero también de dulce disfrute, pelará dos ajos, cortará una cebollita en delicadas medialunas, hará rodajas una punta de chorizo, pondrá una cazuela al fuego, verterá unas gotas de aceite, sofreirá la cebolla y dorará el ajo, añadirá la carne y echará las lentejas después de haberlas escurrido en un colador. Perfecto. Completará con agua y las dejará a fuego lento. Mientras cuecen, busca en la nevera una pechuga de pollo y la filetea para que tome bien el pan rallado y el huevo. Nunca ha tenido claro qué iba antes: si el pan o el huevo. Sospecha que el pan, por lógica. Sabe que podría resolver la duda con el libro de recetas, que tiene un índice alfabético fácil de manejar. El caso es saber dónde buscarlo. Está en la cocina, seguro, pero en cualquiera de los armarios. Desecha la consulta, confiando en que lo primero debe de ser el pan.

Llaman al teléfono. No es el timbre de la puerta ni la chicharra del portero automático, lo distingue. Se limpia las manos en el delantal y va al salón. Lo encuentra a la primera, en la mesita que hay junto al sofá, su sitio. El aparato suena tres, cuatro, cinco veces, mientras él sortea los muebles hasta agarrarlo. Cuando responde se da cuenta de que tiene las gafas puestas, así que se las quita y percibe que debe de estar ridículo con el mandil sobre la chaqueta, que olvidó quitarse antes de comenzar a cocinar.

—¿Diga? —es el amigo Pedro, ha reconocido su voz—. Sí. A las seis, en la explanada. De acuerdo. La bola, ¿qué bola? Claro, claro, qué bola va a ser: la de la petanca, claro, es que estaba con la comida y tengo la cabeza en otro sitio, chico. Vale, Pedrito. Ah, que eres Antonio. Sí, eso quería decir. Hasta las seis, Antonio. Adiós.

Mientras cuelga piensa que no le gusta nada ese aparato sin cable. Su hijo se lo compró para que pudiera llevarlo de un sitio a otro, pero no es la primera vez que lo deja en cualquier parte y luego se vuelve loco para encontrarlo. Una noche tuvo que pedir a Luisa que le llamase a las doce para perseguirlo por el sonido. Estaba en el baño, claro, así cómo lo iba a encontrar. El primer teléfono que pusieron en su casa era negro como el carbón y fácil de utilizar. Se marcaba un cero y lo cogía la operadora, Paqui, la hija de Manuel y Fonsi. A partir de ese momento, solo había que esperar. Luego, las cosas se han ido complicando, y a esa edad no se está para engorros. Quién se lo iba a decir a él.

Coloca el auricular en su base y alinea esta con la marca. Se da cuenta de que lleva el mandil sobre la chaqueta. Ahora tendrá que preparar las lentejas que anoche colocó en remojo. ¡Pero...! El olor le recuerda que estaba cocinando cuando el teléfono le interrumpió y, lo que es más grave, ha perdido la cuenta del tiempo que lleva la cazuela al fuego. No habrá pasado mucho rato. Como no hay prisa, toma la carta del martes anterior y la lee con satisfacción. Bien. Todo parece encajar.

Los martes suele comer en casa solo, para leer el correo y degustar la carta una, dos, tres veces, antes de salir. Otros días suele almorzar en el comedor social, o en casa de alguno de sus amigos, o hace de cocinero para ellos. Los martes es distinto. Come solo y a las dos, con las noticias de la radio. Siempre le gustó estar informado, aunque ahora los nombres son más complicados que antes. A las dos menos cinco tiene puesta la mesa y ha encendido la radio. Sigue las indicaciones del médico, masticando cada bocado veinte veces, para facilitar la digestión. Con el número de veces le pasa lo mismo que con el empanado: nunca sabe qué es lo correcto, si veinte o veinticinco, si pan o si huevo. Lo tiene anotado por ahí, en algún lugar de médicos, pero no se va a levantar ahora a mirarlo, claro. Decide, por si acaso, masticar veintidós veces cada bocado. En estos casos no debe pasar nada si uno se excede.

Marco escucha las noticias con interés, tratando de recordar sucesos y, sobre todo, nombres y lugares. Pero a pesar de sus esfuerzos, sabe que tiene que conformarse con los detalles gruesos, porque hace tiempo que los pinceles finos de su memoria dejaron de funcionar. Casi lo mismo da, se dice, porque el cúmulo de sucesos posibles es limitado. Ayer chocaban trenes, hoy se caen aviones. También en lo demás es cuestión de equilibrios: antes había más inundaciones y menos incendios.

Después de «comer» viene «fregar». Pero aunque eso sea lógico, no tiene por qué ser sencillo, porque esa tarea se descompone en una multitud de pasos: retirar los cubiertos, vaciar los restos en el cubo, amontonar el servicio en el fregadero, prender el calentador, buscar el estropajo, elegir el jabón... Todas esas cosas nimias en un momento de la vida ruedan unas a continuación de otras, pero llega el momento en que tienen que recordarse con esfuerzo, como si los goznes de la memoria se hubieran oxidado. Y el camino puede volverse más tortuoso aún si surgen otras preguntas: dónde estará el jabón, qué cantidad debo verter, dónde debo hacerlo... E incluso la más crucial de todas: qué es el jabón.

Hace casi un año que Marco se dio cuenta de que algo no iba bien. En palabras de sus compañeros, comenzó a hacer tonterías. Las había pequeñas, como salir sin calcetines en invierno, sostener que seis más siete eran quince o pedir un cigarrillo, él que no había fumado nunca. Pero también hubo deslices más serios. Una vez olvidó que tenía un viaje y estuvo deambulando una hora bajo el frío del amanecer, a cien metros de la parada, sin poder recordar qué hacía allí, y eso que llevaba una maleta. Otra, sintió la desoladora angustia de no recordar su nombre, ni dónde estaba ni dónde vivía. Por fortuna, duró pocos minutos y pudo rescatar sin ayuda las líneas de su camino. Dos veces ha olvidado dentro de casa las llaves y ha habido que descerrajar la puerta. Pero, sobre todo, está ese continuo goteo de ácido en el tejido de su memoria, que destruye recuerdos recientes: el rostro de sus amigos, los nombres y los sitios de las cosas, un propósito inmediato e incluso su propio nombre.

Acudió al médico. Le auscultaron, le pesaron, le sometieron a cuestionarios, midieron su próstata, tomaron su tensión, graduaron su vista... Y concluyeron que todo andaba bien. Todo, salvo ciertas regiones de su cerebro, que parecían disolverse. No las que se ocupan de la lógica,

de la escritura o del olfato... Solo las de la memoria reciente. No sabían por qué sucedía. Para consolarle, le informaron de que tal dolencia era frecuente por encima de los setenta y le recetaron unas grageas.

Marco friega sin contratiempos. Parece que hoy todo va bien, pero eso no significa nada, porque en un instante pueden aparecer los gusanos y roer una palabra o un eslabón en una cadena de sucesos, y el día se trastoca. Menos mal que puso en marcha medidas para ganar la mano a la desmemoria.

Los médicos tampoco hallaron explicación a otro fenómeno curioso, relativo a la hiperactividad de su memoria lejana. A medida que olvidaba lo inmediato, se hacía más vívido el recuerdo distante. Una mañana en que olvidó haber salido a comprar el pan, trazó una línea de asociación entre el canto de un pájaro y un episodio infantil, cuando salió con unos amigos a derribar piñas a un bosque cercano. Recordó uno a uno los rostros, nombres y apellidos de sus camaradas, incluso la ropa que llevaban. La doctora sonrió al escuchar sus síntomas y le aseguró que era normal, que a medida que uno envejece recuerda más la infancia. Y le recomendó que leyera y escribiera, mostrando un artículo de prensa que afirmaba que las monjas dedicadas a la oración y a la lectura suelen estar a salvo de la enfermedad. Marco miró a la médica, le dijo que qué coño iba a tener que ver lo suyo con la salud de las monjas y salió de la consulta desolado. Pero hizo caso de sus consejos.

Son las tres y media y suena el teléfono de nuevo, que no es ni chicharra de portero ni timbre de puerta. Es Luisa, porque del otro lado oye: «Hola. Soy Luisa». Marco responde con una voz neutra y dice que sí, que ya lo había notado. La mujer llama para recordar que es martes, como si él no lo supiera, y que tiene una cita en la explanada con los amigos, el partido de petanca, como si él lo hubiera olvidado. «Llevaré la bola, no te preocupes, ya me avisó Pedro». Marco nota que la voz de la mujer parece alegre e intercambian datos intrascendentes acerca de lo que han hecho y lo que han comido. Al final, antes de la despedida, surge la clave, el porqué de la llamada: «... Y como es mi cumpleaños quiero que me lleves al cine, como me prometiste». «Claro, claro».

Cuando deja el aparato le sobreviene una sensación de ahogo y aparecen las preguntas: quién es Luisa, cómo es, cómo sabe mi número, jugará también a la petanca, iremos solos, le regalé algo para su aniversario, cuántos cumple... Sufre cierto vértigo, que pasará, lo sabe, porque poco a poco acudirán todos los detalles que ahora, entre el vértigo, le tienen desorientado. Lo más dramático, piensa Marco, es que Luisa puede ser tanto su hija como su mujer (su mujer, no: murió, eso sí está claro). Quizá se trate de una antigua compañera de trabajo.

Sentado en el sillón, contempla el tiesto de pasiflora sobre la mesa y ajusta el plato a la marca. Siente rabia por saber el nombre de esa planta, que tan poco le importa, y no evocar el rostro de la mujer que ha llamado. Y se pregunta una vez más qué clase de enfermedad es la suya, que no es capaz de sostener tensos los hilos de su vida cotidiana. No puede invocar el rostro de Luisa, pero en un instante brotan de la oscuridad otros nombres de mujer. No quiere recordarlos. Simplemente, afloran. Si no tiene cuidado, los recuerdos se apoderarán de él y vendrán también fechas, detalles de piel, conversaciones o caricias. No quiere recordar tan lejos. Solo quiere saber quién y cómo es Luisa, por si en un momento dado se cruza con ella en la calle. Menos mal que sus amigos están al corriente y no se ofenderán por el olvido.

¡Ya se acuerda! Luisa está en el panel de la nevera, junto con las fotos y los nombres de sus amigos. No es que tenga que consultarlos con frecuencia, pero de vez en cuando es necesario

refrescar la memoria. Mira allí. ¡Ya sabe quién es Luisa, y sabe que cumple setenta y tres, dos menos que él! Una foto como esa, de grupo, se la hizo hace mucho tiempo con los compañeros de clase. Los colocaron por orden alfabético en tres filas: Abbado, Abascal, Bernabé, Castaños, Fuentes, Garáinza... y así hasta treinta y siete. El último era Víus.

Hoy tiene petanca, pero antes tendrá que apuntar en la libreta. Se coloca las gafas, busca el cuaderno y saca el bolígrafo del interior del muelle. Anota: *Martes, 24. Llegó el correo. Salí a comprar. Me crucé con Félix. Llama Pedro para recordar el partido de petanca. Hoy cumple Luisa 73 años. Iremos al cine.* Pero duda si ya le hizo un regalo o no. Cierra el cuaderno y piensa que un muelle es un lugar ideal para guardar un bolígrafo. Qué inventos.

Se quita el mandil, sonriéndose al pensar en qué diría Luisa si le viera con él encima de la chaqueta. La lectura le entretendrá la próxima hora. Primero releerá la carta que dejó a la vista. De nuevo meneará la cabeza, asintiendo o admirando. ¡Es cierto! La semana pasada fue al teatro; ahora puede recordar perfectamente que una de las actrices jóvenes paseaba con los senos desnudos por el escenario. Da gusto ver esa letra clara y bien dibujada, que siguen mansas las guías del papel rayado. Durante el resto de la lectura tiene que apartar a manotazos imágenes de otros pechos que un día acarició con las yemas de sus dedos. Cuando acaba, mete las hojas en el sobre, que coloca de nuevo en inquieto equilibrio, sobre el aparador.

Luego viene el periódico. Elige el primero a mano. No hay que ponerse exigente con las fechas porque, después de todo, quizá lo suyo sí tenga que ver con lo de las monjas y ellas sí que leen libros atrasados. Su hijo viene los viernes a visitarle. Le trae los periódicos de la semana y un suplemento, y se lleva los antiguos. Dice que es para reciclar el papel, pero debe de darle vergüenza pensar que su padre es capaz de leer el mismo periódico diez, quince veces... hasta que se cae a pedazos.

Al rato suena el teléfono de nuevo. «¿Quién es?». No responde nadie, pero el aparato sigue sonando, así que pueden ser la chicharra o el timbre. No, tampoco. Es el despertador. No es que lo haya olvidado, sino que se quedó adormilado y la campanilla le ha cogido desprevenido. La campana le avisa de que son las seis menos cuarto y que tiene el partido de petanca.

¿Apuntó en la libreta? Sí, apuntó en la libreta. Parece mentira, pero esos detalles son importantes. Nunca se acuesta sin realizar algunas anotaciones, aunque parezcan nimias, sobre lo que ha hecho ese día. Por eso no quiere quedarse hasta muy tarde con los amigos, porque luego le entra el sueño y si rompe la rutina se desmorona todo. Apuntará cualquier detalle porque el viernes es día de escritura y de correo. El viernes por la mañana hojeará la libreta y escribirá dos o tres carillas con su letra picuda de escolar, contando todo lo que ha hecho durante la semana. Luego escribirá su nombre, Marco Abbado, en el sobre, y su dirección. La echará por correo y llegará el martes, salvo que sea fiesta o haya algún retraso imprevisto. Tiene ya cincuenta y cinco cartas, que puede releer sin problemas si algún día los gusanos del olvido deciden comerse todo su cerebro. Ja, ja. Se joderán, porque le encontrarán con la memoria intacta.

Hoy es un buen día. Se lava los dientes y se peina ante el espejo. Además, irá al cine con Luisa. Toma el regalo que hay en la mesa del recibidor, se asegura de que lleva las llaves en el bolsillo y cierra la puerta. Siente orgullo al pensar que Luisa le felicitará esa tarde por no haber olvidado nada.

Al rato suena el teléfono de nuevo. «¿Quién es?». No responde nadie, pero el aparato sigue sonando, así que pueden ser la chicharra o el timbre. No, tampoco. Es el despertador. No es que lo haya olvidado, sino que se quedó adormilado y la campanilla le ha cogido desprevenido. La campana le avisa de que son las seis menos cuarto y que tiene el partido de petanca.

¿Apuntó en la libreta? Sí, apuntó en la libreta. Parece mentira, pero esos detalles son importantes. Nunca se acuesta sin realizar algunas anotaciones, aunque parezcan nimias, sobre lo que ha hecho ese día. Por eso no quiere quedarse hasta muy tarde con los amigos, porque luego le entra el sueño y si rompe la rutina se desmorona todo. Apuntará cualquier detalle porque el viernes es día de escritura y de correo. El viernes por la mañana hojeará la libreta y escribirá dos o tres carillas con su letra picuda de escolar, contando todo lo que ha hecho durante la semana. Luego escribirá su nombre, Marco Abbado, en el sobre, y su dirección. La echará por correo y llegará el martes, salvo que sea fiesta o haya algún retraso imprevisto. Tiene ya cincuenta y cinco cartas, que puede releer sin problemas si algún día los gusanos del olvido deciden comerse todo su cerebro. Ja, ja. Se joderán, porque le encontrarán con la memoria intacta.

Hoy es un buen día. Se lava los dientes y se peina ante el espejo. Además, irá al cine con Luisa. Toma el regalo que hay en la mesa del recibidor, se asegura de que lleva las llaves en el bolsillo y cierra la puerta. Siente orgullo al pensar que Luisa le felicitará esa tarde por no haber olvidado nada.

LAS PALABRAS PERDIDAS

Todo comenzó una fría tarde de invierno, hace cerca de dos meses. La chimenea estaba encendida y me disponía a disfrutar de una solitaria tarde de lectura. Había colocado en el tocadiscos obras de piano de Mompou. Solo la luz de la lámpara situada encima del sillón iluminaba la sala, y la música y la penumbra proporcionaban un ambiente de religiosa placidez. Coloqué a mi lado una pequeña mesa y, sobre ella, un cenicero y un lápiz verde con el que me disponía a hacer breves anotaciones y admiraciones.

Pocos minutos antes había tomado de la estantería el primer volumen de las obras completas de Borges, recién regaladas. Desde hacía tiempo deseaba su lectura ordenada y ahora me disponía a hacerlo. Sentado, percibí durante unos minutos el solemne peso del libro, el tacto suave de su tapa, la blancura de sus hojas y el perfecto corte de sus bordes. Aparté a un lado la sobrecubierta para evitar que el libro resbalara en la funda y la apoyé sobre la mesa camilla. No prescindí de títulos, *copyright* ni índices. Me apresuré a entrar en su primera obra de poesía, *Fervor de Buenos Aires*, de 1923. Sonreí ante la dedicatoria, dirigida a su madre («Madre, vos misma»). Vi de nuevo el título, leí el prólogo postdatado en 1969 y volví la hoja. Una página en blanco. Pasé a la siguiente, y en blanco también. Y la otra. Y la que seguía...

Recuerdo que, nervioso, hojeé rápidamente el libro. Me consoló el rápido desfile de las letras, pero volviendo de nuevo al comienzo pude advertir que la primera obra completa, entre las páginas 15 a 52, no había sido impresa. El resto del libro parecía intacto. Incluso comprobé que los cuadernillos que componían el tomo, tan llamativos en las nobles ediciones, estaban perfectamente cosidos y parecían completos. Una dejadez del impresor, pensé, un defecto fastidioso que obligaba al cambio del libro.

El decepcionante hallazgo acabó con mi tarde de lectura. Traté de continuar con *Luna de enfrente*, mas no pasé del primer poema. Importunado por el accidente, hojeé ya sin pasión durante algunos minutos el imperfecto volumen. El encanto de la tarde de invierno, leyendo ante el fuego, se había roto. Apagué la luz de la lámpara y encendí las del techo. Acallé la música, paseé por el salón, encendí un compulsivo cigarrillo que aplasté a la tercera calada y decidí salir al cine.

Hoy recuerdo este hecho, que de no ser por otros hubiera carecido de importancia. Transcurridos unos días, cambié el primer volumen en una librería cualquiera arguyendo que me

lo habían regalado de allí y que carecía del billete de compra. Me creyeron y me alegré de poseer, ahora sí, la obra completa.

Una semana más tarde, en un ambiente distinto, volví a sentir el fastidio de la lectura rota. Hojeaba un manual técnico, preciso en mi trabajo, requerido por una consulta imprescindible. La página a que remitía el índice aparecía en blanco, al igual que la siguiente y las ocho consecutivas. El resto de la obra estaba completo. Se trataba de un libro usado, subrayado en algunos párrafos y con notas adheridas en lugares frecuentados. Me molestó no haber advertido antes el defecto. En este caso no cabía ya posibilidad de cambio. O tal vez sí, pero deseché el intento.

No relacioné este segundo incidente con el primero. ¿Quién, asiduo de lecturas, no ha encontrado nunca una obra incompleta, mal cortada o mal doblada? Un libro de este tipo no es tal; resulta ser un pobre engendro que nunca debió ver la luz. Un libro debe ser una obra completa, desde la cubierta a la contracubierta. Y exige una tinta homogénea, una letra bien dibujada, el filo de la hoja bien cortado, un cosido o pegado respetables. Siempre he odiado las obras que soportan una única lectura, y a veces ni siquiera la primera, cuando sus hojas se desmoronan a medida que se avanza en ellos.

Sin embargo, no suelo tirar estos libros. Los detesto y en ocasiones los olvido en los estantes, pero no los tiro. He prescindido de algunos libros, más por razones ideológicas que estéticas, pero no han acabado innoblemente en la basura. Hace tiempo, los depositaba con reverencia en las papeleras de la calle; más recientemente, los abandono con pesar en algún contenedor especial para papel.

Pocos días más tarde, de noche, me disponía a cumplir el rito de hojear papel antes del sueño. Se trataba de una novela actual, de valor relativo, cuyo título y autor ya no recuerdo. Al volver página encontré de nuevo el desamparado vacío de la hoja. También las siguientes páginas y, más adelante, otras.

Fue entonces cuando recordé con inquietud el accidente con la obra de Borges. Evoqué el primer caso y luego, confieso que con cierto temor, me vino a la memoria el segundo incidente. La noche es un lugar, más que un periodo, en el que los fantasmas se hacen más corpóreos, y sentí cierta maldición en la coincidencia. Tres blancos en tres obras tan diferentes, solo en el plazo de dos semanas, parecían representar algo más que una anécdota. Apartando estos sentimientos, sin embargo, me dormí. El sueño de aquella noche fue inquieto. Al día siguiente me encontré cansado y supersticiosamente atemorizado.

Los guiones de cine, como las historias de las novelas, no reflejan sino la misma vida. Como suele suceder también en música, tras un periodo de quietud suele precipitarse la catástrofe. Hubo dos semanas en las que no pasó nada. Nada. Me refiero, claro está, a que no aparecieron más páginas en blanco.

Para decirlo con precisión, el cuarto caso no fue el de una página en blanco. Se trató de una estrofa. Una simple, sospechosa y delatora estrofa. En un poema de Poe, *El cuervo*. Se trata, como sabe quien la ama, de una obra de un dramatismo estético y musical impresionante. Mucho más en el idioma original, que no entiendo, que en su traducción española. Durante un tiempo soñé con encontrar a alguien que me lo recitase en inglés, por el simple placer de deleitarme con su ritmo. No hallé quién. Hace años cometí la heroicidad de aprenderlo de memoria y, pasado el tiempo, fui

olvidándolo. Hablo de heroicidad en mi caso, ya que no tengo el don de la memoria excepcional, que he envidiado y al tiempo despreciado en las personas que la tienen de nacimiento.

La estrofa que faltaba estaba allí; mejor dicho, no estaba allí. Y, recuerdo claramente, lo había estado. Aquel libro había sido hojeado en muchas ocasiones y recordaba el poema escrito en su totalidad. La impresión fue más vívida y lacerante que en los casos anteriores. ¡Había estado escrita! ¡Y, sin embargo, ya no estaba! Sentí la dolorosa, la aterradora sensación que uno puede imaginar cuando percibe que carece de una mano porque nota que, de pronto, es capaz de ver a través del lugar donde la mano estaba, por encima de un muñón al final del brazo.

En mi cerebro, los cinco versos ausentes se dibujaban perfectamente y, sin embargo, no podía leerlos porque habían desaparecido. Revisé el libro. El poema era un añadido final de una edición de algunos de sus clásicos cuentos de terror. No parecía faltar nada más, pero el vacío de la estrofa era terrible. Una página en blanco se puede achacar al error; una estrofa ausente es un robo perpetrado por Alguien que puede ser implacable.

Durante dos días me abstuve de tocar un libro. Ni una miserable revista. Ni un impersonal periódico. Las pérdidas me parecían el presagio de otro desastre más profundo y vital. No tenía miedo al daño físico, pero sí a la locura. Evoqué el libro cercenado de Borges, aunque ya no me quedara constancia de su ausencia. Pero allí estaban los otros casos. Sobre todo, la huella del poema de Poe. Confieso que, tratando de aparentar calma y ansioso por extirpar la sospecha de mi locura, llevé un día el libro de Poe al trabajo y enseñé a mis compañeros, con fingida despreocupación, el vacío de la estrofa ausente. No entendieron. Los más lo consideraron una broma; otros, una curiosidad; algunos no le dieron importancia y consideraron que era un simple espacio entre versos. Todos miraron el vacío con indiferencia. Pero todos, todos, notaron el blanco. No estaba loco.

Durante los días siguientes hubo otros episodios que casi no merecen relato individual. Una vez, mientras buscaba en una enciclopedia, perdí toda una columna. En otra ocasión recibí un periódico con la cartelera de cine despojada. Un día, en el metro, descubrí que había emblanquecido una página que acababa de leer dos estaciones atrás. En ese momento me recorrió un escalofrío no tanto por la pérdida, ya casi esperada, sino por el hecho de que el borrado se había producido mientras el libro estaba en mis manos, rodeado de testigos. Vomité apenas abandoné el vagón, mientras algunas personas me observaban con desprecio. A duras penas conseguí llegar a casa. Me acosté mareado y sentí que mi vida también se evaporaba con el sudor espeso de la fiebre.

A partir de ese momento, supe que cualquier otra ausencia era posible. La siguiente tarde, de sábado, me encerré con aprensión en el pequeño cuarto donde almaceno libros en un orden perfecto y donde guardo también revistas, sobre todo números viejos, de cabeceras o fechas ya imposibles de encontrar... Durante un rato anduve hojeando libros tomados al azar, esperando encontrar más páginas en blanco. Las encontré, por supuesto.

De un diccionario de francés se habían borrado caprichosamente las páginas comprendidas entre las letras N y S. Quien Fuera, había eliminado de un libro de Eco un apartado referido a lingüística. De una *Historia de la Ciencia*, lo relativo al siglo XVII. A medida que revisaba libros haciendo pasar las páginas, mientras las partículas de polvo flotaban en el aire, iba colocando a un lado los libros intactos y a otro los dañados. Los revisé todos, uno a uno. Al final de la tarde dejé en el suelo los libros de palabras perdidas y volví a situar el resto en los estantes, en sus

lugares correspondientes, perfectamente recolocados. Apagué la lámpara del techo y encendí la que hay sobre la camilla, trasladando los libros sobre ella.

Eran más de cincuenta volúmenes. Encendí el milésimo cigarrillo de la tarde y me senté a contemplar los libros. No había orden. El ladrón no tenía preferencia por temas, autores o épocas. No había un criterio establecido. A veces faltaban páginas contiguas; otras veces, capítulos enteros; en ocasiones, introducciones o índices. Durante algunos minutos perseguí en vano el método. No había método.

Terminó la tarde, pasó la noche y llegó la mañana. Me había dormido en la silla, inclinado sobre la mesa. Aquella mañana de domingo, lluviosa, fría, estaba llena de tranquilidad. Eran alrededor de las ocho y a esas horas los domingos apenas tienen cuerpo. No hay nadie en la calle. En las casas, las persianas están echadas. Los ascensores están callados. Los amantes descansan. Los solitarios sueñan compañía. Mis libros, sobre la mesa, ya ni siquiera reclamaban palabras: dormían también.

Soñoliento aún, tomé un libro cualquiera de un estante. El azar fue generoso. Faltaban en él casi cincuenta páginas. Supe que todo, tarde o temprano, terminaría por desaparecer.

Así ha sido. Poco a poco, las palabras han sido robadas. También dibujos y fotografías en los libros con imágenes. A veces, como si se tratara de un juego, comprobé que se habían volatilizado solo los números de página. En *Esperando a Godot*, primero desaparecieron las intervenciones de Estragón, antes de hacerlo las demás. De una reproducción de un atlas de astronomía solo se conservaban los nombres de las constelaciones y ningún otro símbolo...

Un libro murió en mis manos. Contemplé cómo poco a poco las letras pasaban del negro al antracita: del antracita al gris ceniza; del gris ceniza al perla; del perla al blanco sucio y de aquí al color papel, respetando exactamente la tonalidad de este hasta no dejar una sola huella. La desaparición no fue uniforme. Unas palabras se iban antes que otras. Curiosamente, al menos en aquel caso, no fueron páginas enteras, ni siquiera líneas completas. Fueron palabras, una a una. Sospeché que Quien Sea las reclamaba para sí, en un orden preciso. Entonces, recuerdo, pensé que me hubiera gustado saber qué haría con ellas, o qué borraba en ese orden. O qué escribía.

Nunca he observado desorden, nunca deterioro. Incluso en los últimos estadios de la enfermedad de mis libros (también de mis revistas y de cualquier otro material impreso) no he observado nunca palabras rotas. Nunca un borrado que cercenara en diagonal una página, jamás una mancha.

Poco a poco se han borrado también los títulos de las cubiertas, y las cubiertas mismas. En un proceso al comienzo imperceptible, los colores vivos se hicieron cada vez más desvaídos. Los más claros han ido empalideciendo hasta que páginas y cubiertas han llegado al blanco absoluto o al color hueso en que fueron impresas. Yo diría que este proceso se aceleró en los últimos días. A medida que las cubiertas emblanquecían, mi almacén de libros se hacía cada vez más claro y luminoso.

Ahora, todo es blanco. Lo son los libros y las revistas, pero también las anotaciones de mi agenda y las carátulas de los discos; las facturas y las garantías; mi póliza de seguros y la escritura de mi casa. También, por qué no iba a suceder, terminan por ser blancos unos pequeños rectángulos de una curiosa clase de papel que cuando estaba garabateado se llamaba dinero.

Ya no trabajo. No lo necesito. El cajero de mi banco me ha dicho con envidia que mi cuenta tiene saldo bastante, pero me he negado a recibirlo por escrito. He ordenado lo que antes eran mis

libros y que ahora son innumerables tomos blancos que esperan ser reescritos, magníficos unos, vulgares otros. Tanteando y acariciando sus lomos, puedo adivinar en ocasiones qué contuvieron hace tiempo. Recordando un poema de Benedetti, he colocado lo que ahora son cuadernos immaculados según un orden que yo solo establezco, «por promesas, por época, por tacto y por sabor».

He adquirido varias plumas estilográficas de diferente textura, diámetro y peso. Siento que su tinta será indeleble sobre las páginas que ahora escriba, al menos el tiempo que yo viva. Ya sé dónde están las palabras desaparecidas, que ahora flotan en un lugar inconcreto de mi cerebro esperando ser reordenadas. Doy título a mi primera obra. Escribo en el lomo: «Las palabras perdidas».

RÉQUIEM ALEMÁN (9'50")

A las seis, levantó su gastado cuerpo del sillón en el que dormitaba y encendió el aparato de radio. Buscó la emisora de música clásica y comprobó que, conforme al programa previsto, emitían una grabación del concierto para piano número 4 de Prokofiev, para la mano izquierda. En ese momento sonaba el tercer movimiento y ni siquiera saber que ejecutaba Prévin lo retuvo a la escucha. Se dirigió al garaje de la casa mientras cantaban al mismo tiempo el piano y los violines y bajó las escaleras tarareando mentalmente la solemne melodía.

Tomó las llaves del viejo kadett, abrió el maletero y extrajo varias cajas de una de las mejores tiendas de Berlín. Fue apilando los paquetes a sus pies, hasta que lo vació. Cerró, colgó el llavero en el cajetín, tomó el bulto más voluminoso y subió las escaleras. Bajó de nuevo y cargó con los paquetes restantes.

Comprobó el contenido de las cajas, tanteando con los dedos las transparentes bolsas de celofán. El chaqué, la camisa de seda, el fajín y la corbata de lazo, por un lado; los zapatos negros y la ropa interior, por otro. Todo estaba en orden.

Lo había planeado hasta el último detalle cuando a comienzos de mes recibió por correo el boletín radiofónico. El sábado anterior, al salir de la residencia, se había dirigido a la tienda. Pese a ser un establecimiento especializado, no había sido sencillo encontrar un traje de su talla. Casi dos metros de humanidad y cien kilos de peso lo convertían en un cliente difícil. Años atrás podría haber encargado el traje a medida. Ahora consideraba superfluo el gasto y, sobre todo, no tenía tiempo para esperar pruebas y entregas.

Abrió las cajas y depositó una a una las prendas en los sillones, sin dejar arrugas. El envoltorio era magnífico, como cabía esperar. Casi dos mil marcos justificaban el cuidado en el embalaje y la entrega a domicilio, a la que renunció para mantener en secreto su compra. Había resultado buena idea esconderla en el coche paralítico. Ni su hija, ni el marido de esta, y mucho menos los chicos, hurgaban en su maletero desde hacía meses.

Se desvistió mientras el locutor introducía un concierto de Bartók. Semidesnudo, se dirigió al aparato y bajó el volumen. Necesitaba concentrarse en la obra, en su obra. Se puso la ropa interior nueva y colocó la usada en las cajas, en las que introdujo también los ruidosos envoltorios. Con los pies protegidos solo con unos calcetines, a medio vestir, bajó una vez más al garaje y ocultó las cajas en el maletero.

Subió fatigado y frío, con el corazón agitado. Tenía setenta y dos años, y bajo su apariencia compacta y sana se escondían una válvula cardíaca implantada cuatro años antes, un páncreas defectuoso y una lesión en el hígado cuya importancia exacta no quería conocer. Sabía que su hija había visitado en secreto a su médico y sospechaba que esas visitas no presagiaban nada bueno, pero la ignorancia no le incomodaba. Resultaba placentero no saber... Carraspeó un poco e inspiró profundamente, manteniendo los pulmones a presión casi un minuto. Por fortuna, aquellos dos sacos esponjosos eran de lo que mejor funcionaba en su cuerpo.

A excepción de la música, muy tenue, en la tarde reinaba un silencio absoluto. Su hija y su familia habían salido de casa después de comer y pensaban pasar fuera la tarde y la noche. Tenía tiempo eterno hasta que regresaran, el domingo. Era más de lo que necesitaba, porque en apenas una hora habría concluido su propósito.

El reloj marcaba las seis y media. Faltaban solo treinta minutos para la cita. La emisora era de una precisión ejemplar y no quedaba mucho para prepararlo. Se embutió en el pantalón de rayas y remitió los faldones de la camisa de modo que la pechera quedara lisa. Luego se rodeó la cintura con el fajín, tensando la tela arriba y abajo, a cada pasada. Se dio cuenta tarde de que los puños de la camisa requerían gemelos, y aunque sabía que su yerno debía de guardar algún par en su dormitorio, decidió no subir a la habitación. Lástima, pensó, porque creía tenerlo todo previsto. Deseaba que el acto fuera impecable. Menos mal que el lazo lo era de verdad, se decía, sin los corchetes ni adhesivos tan faltos de elegancia.

Realizó varios intentos para hacer la lazada, hasta que recordó los gestos precisos. Hacía al menos diez años que no llevaba lazo. No, doce: la última vez fue en Londres, en un concierto promovido por su amigo Bruno. La muerte de este le había privado de uno de sus últimos contactos con el pasado. Su mujer había muerto también hacía cinco años. El resto de sus amigos se habían ido. Unos, durante la guerra; otros, durante la paz. Al menos, los primeros lo hicieron dignamente. Muchos de los segundos tuvieron una desaparición ignominiosa.

Se calzó los relucientes zapatos y se puso la chaqueta. Ante el espejo del recibidor contempló su elegante porte y apenas se reconoció. Su memoria viajó muchos años atrás, cuando vestido con un chaqué casi idéntico al actual debutó como solista en el santuario de la Ópera de Berlín. Eran tiempos felices, allá por los veintiséis años. Martha, su querida Martha, estaba ya a su lado. Parecía que la felicidad era un estado natural, que nunca tendría fin.

Levantó la barbilla e inspiró. Algún lugar desconocido de su abdomen se quejó por el esfuerzo. Relajó poco a poco el diafragma e hizo varias inspiraciones y espiraciones rápidas. Volvió de nuevo al salón, comprobó que eran las siete menos diez, subió el volumen y comenzó la nerviosa espera.

Abrió la ajada cartera de cuero que había traído de la residencia y que contenía casi sus únicas pertenencias personales. Extrajo una fotografía antigua de Martha, con un marco de plata, que colocó delicada y amorosamente con un beso sobre la mesa, para que estuviera presente durante el acontecimiento. Luego sacó una carpeta lacada, de color negro, que contenía una vieja edición orquestal completa. «EIN DEUTSCHES REQUIEM. Johannes Brahms. Wien, im Frühjahr 1926. Eusebius Mandyczewski», rezaba en la portada.

Aplacó la intensidad de las luces, dejando encendida una lámpara sobre la mesa en que había depositado la fotografía y otra tras de sí, para iluminar el libro, aunque conocía de memoria cada detalle del retrato y de la partitura. Pese a que no era previsible ninguna llamada, desconectó de la

pared la clavija del teléfono. Escondió la cartera bajo las faldas de la mesa y miró alrededor. Había un digno orden entre los objetos que veía, familiares pero no amados.

Buscó el lugar adecuado y se colocó en el centro del salón. Los altavoces quedaban simétricos respecto de su cuerpo. La imagen de Martha estaba a su derecha, casi al alcance de la mano. Abrió el libro, revisó la primera página y leyó rápidamente: «*I. Selig sind, die da Leid tragen. Ziemlich langsam und mit Ausdruck*».

Faltaban cinco minutos para las siete. En la radio sonaba todavía una música a la que no prestó atención, porque no era la suya.

Los minutos previos a la subida al escenario eran los peores. Él había sufrido esa experiencia en varias ocasiones. Tras el telón parece que nada está del todo preparado. Un clarinetista maldice porque olvidó la caña y pide una prestada. Un violinista acaba de romper una cuerda y corre a los camerinos. La soprano confiesa al tenor, o viceversa, que tiene dolores en una cuerda vocal, o un ligero resfriado... Pero sabía que esa tarde nada podía fallar. Nadie podría transmitirle sus angustias o errores de última hora. Nadie, salvo él mismo y sus recuerdos.

Había debutado como barítono con veinticuatro años, una edad temprana si se considera que las voces tienen un largo tiempo de maduración. Atrás habían quedado miles de horas de sacrificios y esfuerzos. Por delante aparecía un mundo rutilante: la consagración, el trabajo, los viajes... Era una época única en la historia, de la que se podía exprimir cada uno de los minutos.

¡Quién le iba a decir entonces todo lo que ocurriría poco más tarde, transformando de manera tan brutal ese presente prometedor! ¡Quién le iba a decir que muchos años después se iba a encontrar solo y desvalido como lo estaba ahora! Ahora, su salud dependía del adecuado ritmo de un trozo de plástico en su corazón y del capricho de ciertas glándulas. Desde hacía tres años vivía una residencia, de domingo por la noche a sábado por la mañana. Dependía económicamente de su hija. Su escasa pensión no le permitía pagar la residencia y disponer de algún dinero para pequeños gastos. No era suya ni la ropa que llevaba encima. Diez días atrás había pedido un préstamo a Mónica con el pretexto de ayudar a un compañero con dificultades. Y esos dos mil marcos, una cantidad que excedía con creces su pensión mensual, los tenía ahora pegados a la piel, en un capricho único.

Miró la fotografía y contuvo las lágrimas. Ella había sido la única mujer de su vida y le había dejado hacía demasiado. Su vinculación con su hija era fuerte, pero en nada parecida a la relación con su compañera. El antiguo retrato de Martha, del que se había negado a sacar copias, le acompañó siempre tras su muerte. Sobre la mesilla cuando estaba en la residencia, o en la cartera cuando salía el fin de semana o iniciaba algún infrecuente viaje. El papel avejentado de la foto, en color sepia, revelaba huellas de sus dedos o de sus labios, de cuando él lo acariciaba o besaba. Nunca había puesto un cristal en aquel marco, para que el contacto de su piel con la imagen de ella fuera más directo y más tierno.

La radio anunció la hora en punto. Era el momento. Subió el volumen. El locutor explicaba que se procedía a la transmisión diferida del *Réquiem Alemán*, una versión grabada el 26 de abril de 1961 en el Kingsway Hall, de Londres, dirigida por Otto Klemperer, con la Philharmonia Orchestra y la Philharmonia Chorus. Durante unos minutos, el locutor hablaría sobre la profundidad de la música, el sentido de la obra y otros detalles que él no necesitaba conocer.

A los veintiséis años, volvió a recordar, realizó su primera y única intervención como barítono en el *Réquiem*. Fue un triunfo: los aplausos duraron veinte minutos. Al día siguiente, los

periódicos de media Europa hablaban de él como La Voz de la Década. Meses más tarde, los contratos comenzarían a llover: Viena, París, Londres, Nueva York... Hubo recepciones en embajadas, ofertas de grabación, entrevistas con directores consagrados... Ahora, después de tantos años, se disponía a repetir la experiencia, pero esta vez solo, pobre y con el corazón enfermo. No cantaría toda la obra, tan solo el tercer tiempo: «*Herr, lehre doch mich*». Ni su voz ni su corazón soportarían la dura prueba de cantar casi una hora.

El locutor terminaba la presentación y daba el nombre de la soprano, del barítono, del organista y del director de los coros. No habían pronunciado el suyo. No había aplausos ni expectación. Solo soledad.

Los segundos parecieron eternos. Envaró el cuerpo, levantó la barbilla y colocó el libro a la altura del pecho. Revisó la primera página: 7. *Selig sind, die da Leid tragen*. Dio comienzo la obra en un inicio grave, en que solo hablaban dos trompas, un violoncello, un contrabajo y el órgano, y que duraba unos largos cincuenta segundos. Siguió todas y cada una de las notas. En un instante, como caídas del cielo, llegaron las salmodias de la soprano, del alto, del tenor y del barítono:

*Selig sind, die da Leid tragen,
denn sie sellen getröstet werden.*

«Felices los que están en la aflicción, porque ellos serán consolados». A su alrededor había un silencio de muerte. Cuando callaron, primero el órgano y luego el resto de instrumentos, las voces al unísono iniciaron el recitativo. En la habitación, con el aparato colocado a un volumen considerable, los graves parecían envolver la sala, la casa entera y, afuera, la tarde.

Sus ojos seguían las notas asignadas al barítono. Sus labios se movían de una forma precisa. Sus dedos volvían página justo tres notas antes de llegar al final de la línea. Incluso sus cuerdas vocales estaban en tensión, pugnando por mantener la voz dentro de la laringe. Su memoria, sin embargo, no estaba allí y corría por los años treinta, a partir del instante mismo de la finalización de la obra.

Después de los aplausos en el escenario y los abrazos tras el telón, se había encontrado con Martha en las escaleras. Los *flashes* se disparaban desde todas las direcciones. Sus manos, las de Martha y las de él, estaban fundidas en el inicio de lo que horas más tarde sería un abrazo total, la primera vez que hicieron el amor, en la habitación del hotel. Desde ese momento, no se separaron hasta su muerte. Ni siquiera cuando estuvieron lejos.

El inicio del fin tendría lugar tres meses más tarde, cuando él y otros pocos de la orquesta firmaron un manifiesto contra la expulsión de la soprano que había actuado con él en el *Réquiem* y de otros quince músicos, acusados de tener antecedentes judíos. Él y otro racimo de disidentes fueron convocados por uniformados al despacho del director, sugiriéndoles primero y conminándolos luego a firmar una retractación pública. Él y Hans se negaron. El resto claudicó y firmó.

Ni Hans ni él volvieron a actuar en Berlín ni en otro lugar de Alemania. Se rescindieron contratos millonarios. De pronto, París, Viena, Nueva York... fueron tan inalcanzables como la

Luna. Se esfumaron ofertas de grabación. Los críticos arrancaron sus nombres de las páginas de los diarios. Todo, todo se evaporó.

El coro de voces seguía cantando:

*Die mit Tränen säen, werden mit
Freuden ernten.*

«Quienes siembran con lágrimas recogerán con cantos de alegría». Pese a la adversidad, Martha y él se casaron un mes más tarde. Fue una ceremonia breve, a la que asistieron unos pocos invitados y familiares. Y Hans, por supuesto. Por entonces, los vientos de guerra comenzaban a soplar. En la oscuridad de la noche, de la vergüenza y del silencio, las desapariciones, las delaciones y la muerte se extendieron sobre Berlín y otras ciudades. Martha y él, junto con escasos amigos, tuvieron que sobrevivir como pudieron. El mundo que meses antes había estado a sus pies estaba ahora sobre sus cabezas. Él se resignó a olvidar la música y a trabajar como empleado en una estación de trenes, a veinte kilómetros de Berlín.

Finalizaba el primer movimiento. Ningún instrumento, ninguna voz, se oía por encima del arpa que cerraba la primera parte. Aquel era un tiempo de frío. Frío del amanecer, cuando se levantaba a las cinco de la mañana. Frío durante el trabajo, bajo el viento atroz. Frío durante la comida, siempre impregnado en hollín. Frío helador cuando soportaba las proclamas nacionalistas y belicosas de sus compañeros. Y frío por la noche, incluso cuando dormía con Martha, con quien compartía una pequeña habitación con una estufa de leña que pocas veces se alimentaba.

Ya estaba en el segundo movimiento. Las voces cantaban:

*So seis nun geduldig, Heben Brüder,
bis auf die Zukunft des Herrn.*

«Pero vosotros, amigos, esperad pacientemente el advenimiento del Señor». Comenzó la guerra. Fue destinado a un campo al este de Alemania. Creyó al comienzo que era un campo de trabajo, pero al poco descubrió que ese lugar no era más que una terminal de carga que enviaba judíos, hombres, mujeres y niños, a otro campo situado más al este. Como músico, dirigió la orquesta del campo, formada por polacos, húngaros, macedonios, rumanos y eslavos. Pese a su anterior segregación de la vida social berlinesa, ese cargo llevaba añadido el de capitán.

La orquesta se unía en un verso poderoso: «Mas la palabra del Señor permanece eternamente». Apenas pudo disfrutar de las ventajas de la oficialidad, ni siquiera en un campo. No se tardó en descubrir que había proporcionado documentación falsa a dos músicos judíos, haciéndolos pasar por húngaros. Fue degradado, asignado a un batallón de choque y conducido al frente ruso. No le dieron tiempo para despedirse de Martha, y apenas pudo hacerle llegar una nota comunicándole su incierto destino y su definido amor. Partió sin saber si volvería a verla.

Aun en la distancia resultaba doloroso evocar aquellos tiempos. La brutalidad de la milicia. Las órdenes sistemáticas de exterminio. El arrasamiento de ciudades. Los disparos a ciegas, en la nieve. Primero el rumor y luego la confirmación de la muerte de su amigo Hans. La incertidumbre de no saber de su amada...

Al final del segundo tiempo, trató de apartar los dolorosos recuerdos y se abstraigo en la música. No sabía cómo había llegado a la página 47, cuando la soprano cantaba: «El dolor y los

lamentos huirán». Se concentró. Llegaba su momento. El segundo tiempo debía acabar con el sonido apagado de voces y cuerdas.

Silencio. El tercer movimiento se abría con unas pocas notas, graves y solemnes, del fagot y de los timbales, y un breve pizzicato del contrabajo. Sumergido en la música que llegaba desde los altavoces, y siguiendo con la mirada las notas de la partitura, llenó los pulmones y cantó:

*Herr, lehre doch mich, dass ein Ende mit
mi haben muss.*

Hacía muchos años que no recitaba: «Señor, dame a conocer mi final, y cuál es la medida de mis días». Era una prueba de fuego. Su voz, sostenida durante treinta y cinco segundos, se oía precisa, acompañada por timbales, violas, cellos y contrabajos, y sonaba apenas un punto por encima de la del barítono de la grabación. La soprano, el alto, el tenor y el bajo repetían después el recitativo, acompañados por los violines. Mientras, escuchaba y esperaba su nuevo verso, ahora arropado por el murmullo de los instrumentos de viento:

*Siehe, meine Tage sind enie Handbreit vor dir,
und mein Leben ist wie nitchs vor dir.*

«He aquí que Tú has reducido mis días a la medida de mi mano, y el tiempo de mi vida ha sido como nada». Mientras las otras voces repetían la estrofa, recordó que durante dos años no recibió ninguna noticia directa de Martha, ni respuesta a las que él enviaba. Se mantuvo vivo solo para saber si ella seguía viva. Preguntaba febril a cualquiera que viniera del oeste y lo único que obtenía eran vagas respuestas, cada vez más preocupantes, sobre la supervivencia en Berlín. Al acabar la guerra, el viaje de vuelta se convirtió en una tortura solo aplacada por la certeza del suicidio en caso de que Martha hubiera muerto. Cuando se encontraron, apenas pudieron hablar durante dos días. Cada uno vio en los ojos del otro las huellas del sufrimiento. Ni siquiera hicieron el amor. Permanecieron sentados, con las manos entrelazadas, mirándose de vez en cuando, despiertos y enfebrecidos, cerca de cuarenta horas.

Su tercera intervención se producía tras el silencio de la orquesta, excepción hecha del leve vibrar de las cuerdas, acompañado por los instrumentos de viento:

*Ach, wie gar nichts sind alie Menschen,
die dos so sicher leben.*

«Ciertamente, el hombre no es más que vanidad». Su canto poderoso y firme se mantuvo en solitario casi dos minutos, en un doloroso esfuerzo. Las réplicas de otras voces apenas le daban tiempo para llenar de aire los pulmones. Sin embargo, mantuvo su voz adherida a la del barítono de la radio, apagando la de este, en perfecta compañía con el resto de la orquesta. Cuando terminó su intervención: «¿Y ahora, Señor, qué espero?», supo que algo dentro de él se había roto. Sintió como si el esfuerzo hubiera reventado algún lugar oculto de su pecho.

No movió entonces un solo dedo. Debían de faltar aún tres minutos para acabar el tercer tiempo y él debía permanecer en pie, como lo estuvo tantos años atrás. Aunque sus ojos perdieron

el enfoque algunos segundos, pudo recobrar la atención sobre el papel y seguir todas y cada una de las intervenciones del resto de los instrumentos y de las voces acompañantes.

Después de la guerra, Martha y él vivieron años de serena y difícil felicidad. Vio cómo sus antiguos compañeros, con un pasado de turbio compromiso con el extinto régimen, ocupaban poco a poco puestos de responsabilidad en orquestas u oficinas estatales. Él fue considerado un traidor, como si fuera causante de la derrota de todo un país. Solo Bruno Lorentz le fue fiel. Cuando vinieron los años de cierta prosperidad, su pelo era cano y su alma estaba llena de cicatrices. Su voz, aunque seguía firme, estaba quebrada por el frío del alma. Mantuvo cierta relación con pequeñas orquestas europeas, pero ni a Martha ni a él les resultaba fácil la separación. Se habían convertido en dos personas enfermiza y amorosamente necesitadas una de la otra. Luego, llegó Mónica. Él encontró trabajo en una editorial de música, como corrector de pruebas. Solo eventualmente, siempre a petición de algún amigo, subió a un escenario, en conciertos promovidos por organizaciones benéficas.

El tercer tiempo tocaba a su fin. Cuando murió Martha, vivió un tiempo con Mónica, pero sentía que necesitaba la soledad para que nadie rompiera su vínculo permanente con el recuerdo de su amada. Buscó una residencia en la que podía pasear en solitario y mantener una charla con otros solo en la medida de su deseo.

El tenor iniciaba el último recitativo, que era sucesivamente interpretado, en canon, por el resto de las voces:

*Der Gerechten Seelen sind in Gottes
Hans und keine Qual rühret sie an.*

«Las almas justas están en la mano de Dios, y ningún tormento las podrá nunca destruir». Sintió que su corazón crecía de tamaño y que los latidos eran cada vez más graves, distanciados y profundos. No notó dolor. Sus manos se crisparon en las partituras, mientras sus piernas resistían solo porque su cerebro ordenaba mantenerse erguido durante el tiempo que durara el tercer movimiento. En total, habían sido nueve minutos y cincuenta segundos de recuperación del pasado.

En la última nota del tercer movimiento intervenía absolutamente toda la orquesta, que se mantuvo vibrando durante dos segundos eternos. Él supo que aquel era el final de otras muchas cosas. Durante esos dos largos segundos dirigió la mirada al retrato de Martha, y movió levemente los dedos hacia la fotografía...

Murió antes de que su cuerpo cayese al suelo.

AMOR DE LOS ESCAPARATES

La noche sería perfecta si no fuera por la detestable llovizna que desde hacía rato le enfangaba el cabello y salpicaba las hombreras de su chaqueta, aunque la culpa no era del agua, sino de él mismo por no haber previsto con antelación el cambio, pues el cielo se había cubierto al final de la tarde y era otoño. Parecía mentira el paso del tiempo, porque era casi ayer cuando agosto fundía los alquitranes del asfalto.

Una vez más volvía a casa con las manos vacías. Peor aún: con la agria sensación de no haber encontrado una sonrisa o un guiño. No salía a la calle en busca de compañía, sino de algo más, que pocos entenderían. Buscaba a alguien como él, a su alma pareja. ¿Por qué tenía que costarles tanto trabajo encontrar amor a las personas diferentes?

Estaba acostumbrado a pasear mientras dormía la ciudad. El amanecer se adivinaba por encima de los edificios y ahuyentaba las estrellas más tenues. Mientras acabara por hacerse de día, las farolas iluminarían las calles un par de horas más.

Nadie como él conocía la noche en todos sus detalles. Las papeleras y los contenedores habían sido expurgados por los últimos bucaneros, desde buscadores de galletas a soñadores de tesoros, y el ejército de las basuras pronto invadiría las calles. Primero haría maniobras la caballería con sus ruidosos camiones. Luego vendrían los operarios de infantería, armados con escobones. Entre el ataque de unos y otros, las ratas asaltarían alcorques y caceras, saqueando los desperdicios más sabrosos. Durante los primeros paseos ni siquiera notó su presencia, pero ahora mismo podía ver media docena, intentando pasar desapercibidas culebreando entre las ruedas. Estaban ahí noche tras noche, seguro que desde hacía siglos, con la edad misma de la ciudad. En los barrios ricos como ese, las ratas parecían de astracán, no había duda de que los restos son de mejor calidad, y se veían gordas y lustrosas. En los pobres, sus habitantes no tienen tantas contemplaciones: aprovechan ellos mismos los despojos y dejan solo auténticas inmundicias, con lo que sus ratas son escuálidas y feas como cepillos reventados por el uso. Bien lo sabía él, que había paseado y buscado tanto en los barrios de seda como en los del pingo.

Una noche más caminaba por un paisaje gris, manchado por algún polícromo anuncio de neón. La luz de las farolas se multiplicaba en los techos de los coches y las minúsculas gotas de agua infectaban de viruela los cristales. Horas antes habría podido encontrar a algún solitario ebrio, pero ahora estaba solo en la calle. A esas horas, incluso los borrachos dormían.

Disfrutaba con el silencio de las avenidas, la quietud de las ventanas, el eco de sus pasos y el reverbero del suelo, que revelaba corrientes secretas de gases, aguas y desechos. Pero, sobre todo, gozaba con la quietud de los maniqués de los escaparates. Los gestos congelados de esas estatuas de cartón eran un resumen de los gestos de la humanidad.

Era por eso que, cuando la ciudad se vaciaba, gustaba de salir de noche. Necesitaba calles vacías y horas silenciosas, para que nadie descubriera su correteo insólito y su secreta perversión. Estaba dispuesto a cruzar la ciudad atraído por el destello de un anuncio de neón que le llevase a un escaparate de ropa de mujer. Allí era capaz de contemplar, absorto y durante horas, los perfiles y los gestos de los maniqués, silenciosas y elegantes estatuas de cartón piedra. Los observaba desde todas las perspectivas posibles, hasta que cerraba los ojos e imaginaba de memoria cada uno de sus rasgos.

Sabía que le tacharían de loco si hubieran conocido sus deseos secretos. A cualquiera que le preguntase respondería que le gustaba observar para aprender sobre la serenidad de los gestos. Pero en realidad miraba esas devaluadas esculturas con la esperanza de detectar un fugaz pestañeo, una tímida sonrisa o el leve movimiento de un dedo. Cualquier seña imperceptible habría resultado un milagro, y él mantenía la esperanza noche tras noche. De producirse, siquiera fuera un segundo, habría destrozado la luna, raptado al maniqué y llevado a su amada a los rincones más secretos, donde nada ni nadie estorbaba su pasión. El más leve de esos signos le habría hecho concebir esperanzas, pero una noche más regresaba a casa con las manos y el alma vacías.

De joven había sido tan ingenuo como para desear el amor de una mujer. Ahora, transcurrido el tiempo, prefería esos modelos inertes a las mujeres de carne y hueso. Entre esas estatuas y él había terminado por crecer una corriente de afecto y estaba seguro de que, un día, alguna de ellas acabaría por reconocer su amor y dedicarle una sonrisa. Le bastaba con eso, porque él estaba dispuesto a visitarla, noche tras noche, hasta convencerla de que se fugasen juntos a algún lugar lejano, donde nadie pudiera extrañarse de su amor.

Ahora está próximo el amanecer y debe regresar a casa. Esa hora, la hora del frío, es la mejor para destripar la ciudad y vaciarla de tesoros. Es el tiempo de los saqueadores, que no son sino una versión humanizada de los roedores y que aprovechan ese periodo para desmigalar la ventanilla de un coche, fracturar un cristal o forzar un cierre. (¿Quién ha visto un coche de policía a esas horas? ¿Y a quién pedir ayuda si alguno de esos depredadores viera en sus ropas o en él mismo un botín apetecible?).

Volvió molesto por la llovizna que le enlodaba el cabello. Tomó el llavín y abrió con cuidado la puerta de la tienda en que trabajaba. Se sacudió lo mejor que pudo las gotas de las hombreras y del pelo y subió al escaparate colocándose en la postura elegante que tan bien recordaba. Aguantaría un día más, inmóvil, a que llegara la mañana, rodeado de prendas de caballero y carteles de rebajas. Tras el cristal.

Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital)